

Distr.
RESTRINGIDA
LC/R. 374
25 de septiembre de 1984
ORIGINAL: ESPAÑOL

C E P A L

Comisión Económica para América Latina y el Caribe



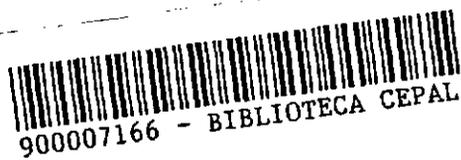
CONSIDERACIONES PREVIAS PARA UN ESTUDIO DE LA JUVENTUD
POPULAR URBANA EN AMERICA LATINA */

*/ Este documento fue preparado por el señor Javier Martínez, Consultor de la División de Desarrollo Social, con la colaboración del Sr. Eduardo Valenzuela, Sociólogo del Centro de Estudios Sur. Las opiniones expresadas en este documento son de exclusiva responsabilidad del autor y pueden no coincidir con las de la Organización.

84-9-1560

INDICE

	<u>Página</u>
Resumen	v
A. CONSIDERACIONES METODOLOGICAS GENERALES	1
B. LA JUVENTUD Y EL 'ETHOS' MODERNIZADOR	5
C. ALGUNOS CONCEPTOS CENTRALES PARA EL ESTUDIO DE LA JUVENTUD POPULAR .	16
1. Integración	16
2. Anomia	20
3. Alternatividad	25
D. PRINCIPALES DIMENSIONES ESTRUCTURALES	27
1. Trabajo	27
2. Educación	35
3. Familia	41
E. GUIA PARA UNA ENCUESTA	51



Se examinan así cuatro complejos de orientaciones: el complejo "conservadurismo/secta/movilidad colectiva", que se postula como correspondiente al paradigma originario de la modernización; el complejo "autoritarismo/fundamentalismo/radicalización", que se asume asociado al modelo populista; el complejo "movilidad individual/retraimiento/crimen/comunidad", que se propone asociado a las fases expansivas bajo modelos de crecimiento tecnocráticos; y el complejo "cultura de masas/apatía/revuelta/movilización orgánica", del que se postula una conexión con las fases recesivas o críticas en el contexto de estos últimos modelos de crecimiento.

Los instrumentos teóricos que dan lugar a estas tipologías son luego examinados en mayor detalle sobre la base de tres ejes centrales: los conceptos de integración, anomia y alternatividad, los que se postulan como marco adecuado para interpretar las conductas y orientaciones de conciencia de los jóvenes del estrato popular urbano. Se introducen a este respecto algunas distinciones frente al uso habitual de estos conceptos en la literatura sociológica reciente de América Latina.

Por otra parte, se examinan sumariamente algunas tendencias del cambio reciente en tres dimensiones estructurales estrechamente vinculadas con las condiciones de existencia social de los jóvenes -el trabajo, la educación y la familia-, las que deben ser tomadas en cuenta para diferenciar tipos de situaciones compartidas dentro de un sector social que dista mucho de ser homogéneo.

Finalmente, a modo de guía para la confección de cuestionarios, se intentó enlistar un conjunto de variables que debieran ser incluidas en las encuestas referidas a este sector social y cuya consideración en una pluralidad de estudios simultáneos en la región podría dar base para una importante profundización en las interpretaciones, a partir del análisis comparativo de sus resultados.

Resumen

Este trabajo tiene el propósito de servir de insumo para el diseño de encuestas y otro tipo de estudios sobre la juventud urbana popular en América Latina, así como para la construcción de un marco conceptual de interpretación sobre ese sector, en las condiciones por las que atraviesa el desarrollo de la región hacia mediados de la década de los ochenta.

A partir de una definición de la juventud como una etapa de transición, anterior y preparatoria a la asunción de las funciones propias del adulto, se propone un estudio de la juventud popular urbana de América Latina centrado en la relación entre situaciones sociales y orientaciones culturales que resultan características en ese segmento de la población. En la medida que sólo ocasionalmente pueden encontrarse en dicho segmento poblacional "actores" o "movimientos" sociales constituidos, se asume que la encuesta es efectivamente un instrumento metodológico adecuado para proceder a dicho estudio (aunque ciertamente debiera ser complementado por otros).

Este trabajo explora en la relación que puede presentarse entre las orientaciones de acción juveniles y el carácter que asume en la región el proceso de desarrollo en sentido amplio y adopta, en consecuencia, uno de los ángulos posibles para enfocar el problema junto al cual pueden proponerse otros igualmente válidos. A diferencia de estudios similares realizados en décadas pasadas, que centraron su interpretación en dimensiones tales como la rebeldía o el conformismo juveniles frente a una sociedad de tipo tradicional, se sostiene aquí que hoy un estudio de la juventud popular urbana en América Latina debe partir de la constatación de un conjunto de insuficiencias y distorsiones que se han presentado en el tránsito hacia sociedades de tipo "moderno" en los diversos países de la región.

En la medida que los procesos de "tránsito hacia la modernidad" han sido llevados a cabo, en diversos países y momentos, desde distintas precondiciones y arreglos sociales, económicos, políticos y culturales, conformando diversos "estilos de desarrollo" en la región, se propone una tipología de los mismos y se postula la hipótesis de que a ellos están asociados a su vez distintos tipos de orientaciones de acción característicos de la juventud, los que implican también sistemas de valores y actitudes diferenciables.

/Se examinan

A. CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS GENERALES

Se ha insistido muchas veces en que la juventud no es sólo un agregado estadístico, compuesto por las personas que tienen una edad determinada (por ejemplo: entre 15 y 24 años), sino una categoría socialmente definida, de duración y características diferentes según la sociedad de que se trate, o del estrato de que se trate, al interior de la misma sociedad. "En última instancia", ha anotado Solari, "la juventud es un fenómeno pluridimensional. Es una etapa de transición anterior y preparatoria a la asunción de las funciones del adulto, de duración variable, a la cual la sociedad identifica como formando grupos de características especiales y dotados de alguna autonomía dentro de ciertos límites cronológicos". Lo que aconseja un estudio sociológico de la juventud (y no puramente por ejemplo un estudio demográfico, biológico o psicológico) es precisamente la constatación de que ella puede aparecer como un actor o un conjunto de actores sociales, cuya conducta es diferenciable de la que manifiestan otros actores sociales.

Ahora bien, precisamente de este carácter "anterior y preparatorio" a las funciones del adulto se desprende un primer principio metodológico fundamental para el estudio sociológico de la juventud: las conductas juveniles difícilmente pueden ser analizadas como conductas referidas principalmente a un sistema de intereses materiales -como en el caso de los roles adultos, estrechamente vinculados a los sistemas de producción y reproducción-; al contrario, las conductas juveniles se hacen inteligibles principalmente por su referencia a las dimensiones simbólicas de la vida social: a los sistemas de valores y normas que fundamentan las instituciones y que disciernen entre lo permitido y lo prohibido, lo deseable y lo indeseable; a los sistemas de conocimiento que informan la acción social y que distinguen entre representaciones verdaderas y falsas de lo real (y entre esto último y lo imaginario); a las pautas estéticas prevalecientes y que discriminan entre lo feo y hermoso; y así sucesivamente. La juventud se define en este sentido como aquel sector de la población en el cual la sociedad busca internalizar sus dimensiones simbólicas (o la representación que de ellas se hacen los grupos hegemónicos) y que, frente a ese intento, reacciona con grados diversos de ajuste, conflicto o innovación.

/Una segunda

Una segunda orientación metodológica que debe tenerse presente es que rara vez las distintas dimensiones simbólicas de la sociedad se presentan como una totalidad armónica, coherente y articulada; antes bien, ellas se presentan atravesadas por diversos grados de conflicto, ya sea entre dimensiones (por ejemplo, entre la dimensión cognitiva y la dimensión valórico-normativa, como en el caso de los famosos conflictos entre ciencia y religión) o dentro de cada una de las dimensiones aisladamente consideradas (conflictos entre sistemas éticos, entre "escuelas" de pensamiento o de creación artística, entre corrientes de preferencias estéticas, etc.). A menudo se perciben también incongruencias manifiestas entre los sistemas de valores y normas de una sociedad y la situación efectiva en que vive la totalidad o parte de sus componentes; tales incongruencias, y su justificación o crítica, son la base sobre la cual se levanta la mayor parte de los sistemas ideológicos en los cuales los actores sociales se representan y en nombre de los cuales se confrontan unos con otros. Lo que caracteriza a la juventud en este sentido es justamente el hecho de que ella es el campo principal en el cual se libran los conflictos culturales de la sociedad.

A estas orientaciones metodológicas se suele oponer el argumento de que ellas no permiten comprender a la juventud campesina, por ejemplo, o a la juventud obrera, incorporadas desde temprana a la actividad productiva y en pleno ejercicio de algunos roles adultos. Y esto es efectivamente así; puesto que, desde un punto de vista sociológico, la juventud es una categoría desigualmente distribuida según estratos sociales; y en el caso de los jóvenes campesinos u obreros cabe más bien hablar de campesinos de menor edad, u obreros de menor edad, que de "juventud": ellos se representarán socialmente más a través de actores de clase (movimientos campesinos u obreros) que autónomamente como jóvenes. La existencia de una etapa previa a la asunción de los roles adultos, así sea aceptada o forzada, es pues un elemento constitutivo de la noción de juventud.

Así, la interpretación sociológica de las conductas juveniles debe comenzar por detectar los términos del conflicto cultural prevaleciente en la sociedad que se analiza, y por referencia al cual tales conductas pueden constituirse en movimientos colectivos de significación. Esto está lejos de querer decir que las conductas, o los movimientos juveniles, se constituyen "al margen" o "por encima" de los procesos que afectan a las dimensiones materiales de la sociedad y a las

/redes de

redes de intereses sociales que se constituyen en su torno. Muy por el contrario, la significación de los conflictos culturales (es decir, el grado de importancia que alcanzan en una sociedad concreta, en un momento determinado) está estrechamente vinculada con el grado en que los diversos actores perciben representadas sus propias orientaciones de interés en los términos de dichos conflictos; a su vez, los cambios en las orientaciones culturales predominantes suelen ser una condición decisiva para el avance en otras dimensiones del cambio social. Lo que es característico sin embargo de las conductas y movimientos juveniles es que los conflictos que en otros sectores de la sociedad se presentan básicamente como oposición de intereses, se presentan, entre los jóvenes, principalmente como oposición de sentidos.

Parece obvio señalar que esta característica de las conductas y movimientos juveniles no es exclusiva de ellos. De hecho, gran parte de la interpretación sociológica sobre los nuevos movimientos sociales, emergentes, particularmente en las sociedades de mayor desarrollo, insisten sobre este aspecto predominantemente simbólico de su constitución (así, por ejemplo, para los movimientos de mujeres). Comparten ellos con los movimientos juveniles el hecho de comprometer a sectores sociales tradicionalmente alejados de los roles productivos (y no resulta extraño constatar por otra parte que se trata de movimientos de base predominantemente juvenil).

En un sentido más general, puede decirse incluso que todo movimiento social alcanza su constitución por su referencia a dimensiones simbólicas. En los movimientos y conductas juveniles, sin embargo, tales dimensiones simbólicas juegan un papel esencial de constitución: si pueden encontrarse diversos casos de movimientos obreros, campesinos o de clases medias predominantemente corporativos, orientados con exclusividad a la defensa de sus intereses inmediatos, difícilmente puede encontrarse un movimiento juvenil de similares características.

En el estudio de la juventud pueden seguirse distintos caminos metodológicos, según el objeto preciso que se desea conocer: por una parte, pueden estudiarse las situaciones sociales en que la juventud se desenvuelve, ya sea con el propósito de establecer un diagnóstico comparativo de las mismas o de conocer las relaciones entre ellas y diversas formas de comportamientos juveniles. El foco del estudio puede centrarse por otra parte en estos comportamientos, o en las actitudes de los /jóvenes frente

jóvenes frente a diversos objetos o valores socialmente significativos. Finalmente, el interés del estudio puede centrarse más en la juventud, entendida como actor social, que en "los jóvenes" como categoría analítica; en este caso interesa conocer los factores que inciden en la constitución de movimientos juveniles y comprender el sentido de la acción de éstos.

La encuesta, como procedimiento metodológico, es un instrumento especialmente útil para trabajar en los primeros dos niveles, en tanto que la intervención sociológica es el camino más adecuado para la comprensión de movimientos sociales.

En la América Latina actual la juventud popular urbana -a diferencia de los estudiantes- sólo ocasionalmente constituye movimientos sociales -esto es, corrientes de acción colectivas dotadas de una identidad propia, que se afirman en la oposición con otros actores dentro de un marco cultural común, que postulan un proyecto (más o menos explícito) de reorganización de la totalidad social, y que se expresan a través de organizaciones de diverso carácter-; el ingreso de este actor a la vida colectiva tiende en cambio, muchas veces, a presentar el carácter de irrupciones participativas inorgánicas, o, aun, a denotarse por la ausencia de su participación en las instituciones sociales y el carácter atomizado o inestructurado de su demanda.

De esto se deriva que, aunque en determinadas situaciones específicas sea indispensable proceder según el método de la intervención sociológica (que supone diálogo con los grupos partícipes de la acción y auto-reconocimiento por parte de los mismos en la interpretación de sentido propuesta por el sociólogo), como regla general sea la encuesta el método indicado para estudiar en las condiciones de hoy a la juventud urbana popular de la región. Tales encuestas, sin embargo, deben ser diseñadas de modo que permitan captar algunos principios potenciales de constitución de la juventud popular -o de ciertos segmentos de ella- en acción social y, para ello, deben proveer información que permita conectar las dimensiones de la situación social de los jóvenes con las formas de su conciencia social, o, en otros términos, de su posición en la estructura social y las orientaciones culturales de su acción. En la medida que nuestra preocupación central tiene que ver con el papel que puede desempeñar la juventud en la redefinición e impulso del proceso de desarrollo, es preciso hacer en las próximas secciones algunas consideraciones acerca de este proceso como productor de sentidos y orientaciones culturales de acción colectiva.

B. LA JUVENTUD Y EL 'ETHOS' MODERNIZADOR

La abundante literatura sociológica sobre juventud en América Latina durante las décadas pasadas centró su análisis en dos términos que permitían describir actitudes, percepciones, valores y conductas: rebeldía y conformismo. Si por una parte tales términos del problema fueron sugeridos por la resonancia que alcanzaron los movimientos estudiantiles de los años sesenta, no es menos cierto que ellos reflejaban también el creciente consenso que en las sociedades de la región se presentaba en torno al proyecto de "modernización social" desde los años de la segunda postguerra, y a la percepción del cambio social que venía operándose como una transición desde una sociedad tradicional hacia una sociedad moderna. Desde la postguerra hasta fines de los años sesenta, el consenso en torno al tema del desarrollo contribuyó pues a definir en torno al eje "tradicionalismo-modernismo" el conjunto de los conflictos culturales de las sociedades latinoamericanas. La "rebeldía" o el "conformismo" juvenil no aparecían como orientaciones abstractas, sino en referencia a la sociedad tradicional, sus estructuras oligárquicas de decisión, sus normas y valores estrechos, su escaso dinamismo y su extrema desigualdad.

Frente a esa imagen de la sociedad tradicional, el proyecto modernizador aparecía como un intento de avanzar simultáneamente en las dimensiones del crecimiento económico, la mayor equidad en la distribución de sus frutos y la participación e integración de los sectores sociales hasta ayer marginados de la vida colectiva (el campesinado y los grupos marginales urbanos). Tal avance simultáneo en estas tres direcciones aparecía, por otra parte, requerido y facilitado por los procesos de secularización -esto es, por la introducción de principios y mecanismos de racionalización formal de la vida colectiva (los que a su vez eran favorecidos por la extensión de la educación, de los medios de comunicación de masas, la ampliación de los mercados internos y la urbanización). La imagen de "círculo virtuoso" del proceso de desarrollo (la participación favorecía la equidad, la mayor equidad la ampliación del mercado interno, esta la expansión de la producción industrial, que a su vez requería mayores niveles de calificación de la fuerza de trabajo, que a su vez era renovada por la emigración desde el campo, debida al escaso dinamismo agrícola, y así en adelante), en la medida que se oponía

a la percepción de estancamiento de la sociedad tradicional, ganó terreno rápidamente y los valores de la modernidad pasaron a ser orientadores de la acción de gran parte de las élites latinoamericanas (a lo que contribuyeron también poderosamente factores internacionales como la revolución cubana y la Alianza para el Progreso, y la influencia intelectual de la propia CEPAL).

La prevalencia de este modelo de "modernización global" como orientación cultural de los actores sociales alcanzó particular impacto entre la juventud. De una parte, como es obvio, abría un futuro mucho más pleno en posibilidades que el de una sociedad estática. Y, en la medida que la socialización en los valores tradicionales era mucho más profunda y arraigada entre los adultos, la lucha por la modernización adquirió un importante aspecto generacional. De otra parte, los jóvenes eran el sector de la sociedad que más directamente vivía los procesos de cambio: las migraciones rural-urbanas, la extensión y transformaciones de la educación, el crecimiento del empleo industrial, fueron, en general, procesos que comprometieron directamente a los jóvenes.

Es conocido el hecho de que, luego de una primera etapa relativamente exitosa, la idea del desarrollo como realización simultánea de los objetivos de crecimiento, equidad y participación encontró obstáculos significativos. Aunque el desarrollo latinoamericano ha seguido una pauta muy desigual -tanto en lo referente a las distintas realidades nacionales, como en lo tocante a las diversas dimensiones del proceso modernizador-, puede decirse en términos generales que la dinámica del crecimiento económico (y en particular del crecimiento industrial) fue bastante insuficiente en relación a las expectativas que en él se habían puesto. En muchos casos esto dio paso a un momento de radicalización de la demanda modernizadora, que pasó a identificarse con una demanda de cambio revolucionario del orden capitalista. En otros casos se tendió a renunciar a la idea de simultaneidad del proceso, reemplazándola por la priorización de alguna de las metas y la postergación de otras (a menudo bajo la forma de una opción por el crecimiento económico sacrificando los objetivos de equidad y participación).

No es ajeno a este conflicto en torno al curso que debía seguir el proceso de modernización el hecho que, desde comienzos de la década de los sesenta, el conjunto de la región estuviese fuertemente implicada en las tensiones Este-Oeste como resultado de los acontecimientos cubanos y que, en consecuencia, ella se

/viera enfrentada

viera enfrentada a dos grandes "modelos" globales de transformación: el modelo socialista, que se instauraba por primera vez con éxito en el continente; y el modelo liberal de la Alianza para el Progreso, que en muchos casos fue asumido como reacción ante la creciente influencia ideológica del anterior. Las sociedades latinoamericanas se vieron así forzadas a tomar opciones dentro del paradigma modernizador, y aun las élites más tradicionales fueron persuadidas en el sentido de que un cambio estructural significativo debía tener lugar. El "consenso" modernizador tenía pues mucho de aparente y en los grupos sociales que concurrían a él se contenían ya desde tiempo las demandas que se expresarían luego en el radicalismo o en las orientaciones autoritarias. Por esta razón, tanto la disyuntiva central entre tradicionalismo y modernismo, como el curso posterior que siguió el proceso de cambios, deben ser tenidos en cuenta para caracterizar las conductas y movimientos juveniles de la época.

Al mismo tiempo, sin embargo, debe considerarse que un tránsito acelerado hacia la modernización tuvo efectivamente lugar en América Latina, y que nuestras sociedades son hoy día significativamente diferentes de lo que eran en 1950. En el curso de dicho proceso de cambios, no todos los grupos sociales pueden ser caracterizados como partidarios de obstáculos del mismo; muchos sectores de la sociedad fueron afectados por el cambio aun sin tener plena conciencia de ello; de hecho, gran parte de la literatura sociológica sobre el desarrollo se preocupó de las tensiones que el proceso significaba para grupos sociales que pasaban bruscamente desde lazos tradicionales de sujeción hacia situaciones en que tendían a predominar crecientemente los criterios de racionalidad formal, y en los cuales tendieron a prevalecer diversos tipos de conducta anónima.

De este modo, si se quisieran caracterizar las orientaciones de acción predominantes en el período de expansión del modelo de "modernización global", se debieran incluir al menos tres tipos principales:

a) Conservadurismo. Con base sobre todo en la gran propiedad agraria y encontrando su referencia intelectual en el tradicionalismo católico, este tipo de conducta fue -aunque con excepciones notables, como en el caso de Centroamérica- claramente minoritario frente a la oleada modernista. Debe tenerse presente sin embargo porque, pese a su reducida significación numérica y estrecha base clasista, los grupos conservadores fueron por largo tiempo los referentes del

/conflicto para

conflicto para los sectores modernizadores (frente a ellos tendían a deponer sus diferencias los movimientos liberales y socialistas, y su presencia alimentaba con ello el consenso desarrollista); por otra parte, porque es a partir de ellos que se elaboraron las más consistentes críticas culturales al paradigma de la modernidad.

b) Secta. La base de tales grupos se encuentra habitualmente entre los migrantes rurales que, enfrentados a su nueva situación de vida urbana (mercados de trabajo competitivos e inseguros en los cuales ellos se encuentran en situación desventajosa; inexistencia del poder del hacendado, fuente a la vez de temor y de seguridad; mayor liberalidad en las costumbres, etc.) buscan en un fuerte compromiso comunitario-religioso, por decir así, la "entrega" al grupo de su ego jalonado de tensiones y recibiendo de éste, al mismo tiempo, la seguridad de una respuesta solidaria (en primer lugar, ante el carácter "sensual" o "demoníaco" de la vida urbana). Está de más decir que tal pauta de conducta corresponde mucho más claramente a los grupos migrantes de mayor edad, o a aquéllos que, aun siendo jóvenes, no alcanzaron en ningún momento las oportunidades educacionales que la ciudad ofrecía mucho más que el campo. En la medida que estamos hablando de un período en que se produce en casi toda América Latina una verdadera revolución educativa, forzoso es pensar que tal pauta tuvo también un carácter fuertemente minoritario entre la juventud. Con todo, ella aparece contaminando las orientaciones hacia la movilidad colectiva en diversos movimientos populistas que resurgen en tal período en la región.

c) Movilidad colectiva. La orientación hacia la movilidad colectiva estuvo en el centro de los programas modernizadores, que tomaron el carácter de grandes reformas socioeconómicas impulsadas desde el Estado y que requirieron, para ser impuestas, de grandes movilizaciones políticas. Aun en su versión más liberal (la Alianza para el Progreso) el programa modernizador incluyó en efecto tareas de la envergadura de las reformas agrarias, o medidas tendientes a la redistribución de los ingresos, que requirieron el enfrentamiento con poderosas oligarquías tradicionales. Esta orientación en apoyo de reformas de estructura que rompieran los estrechos marcos de la sociedad tradicional fue sólidamente sostenida por los movimientos juveniles de la región durante este período, de los cuales la expresión paradigmática fueron los movimientos estudiantiles de la

/segunda mitad

segunda mitad de los sesenta. La percepción de que la movilidad depende del destino de los cambios estructurales, más que del propio esfuerzo en una sociedad que se concibe como cerrada, fue destacada por prácticamente todos los estudios sobre juventud en ese período.

Es sólo en la segunda fase del proceso modernizador, cuando el punto de referencia deja de ser la sociedad tradicional, y pasa a ser en cambio el de un desarrollo con dinamismo insuficiente, que las orientaciones de acción de los diversos grupos sociales -y entre ellos de los movimientos juveniles- adquieren un nuevo carácter: la resistencia al modernismo, que seguía en una primera fase la orientación conservadora, pasa a expresarse -ahora desde dentro del paradigma de la modernidad- como una demanda por crecimiento económico sacrificando las dimensiones de equidad y participación que antes se suponían constitutivas de la idea del desarrollo: esto es, como una orientación autoritaria. La dimensión de retraimiento anómico frente al modelo modernizante, que se expresaba en una primera fase principalmente a través de las orientaciones sectarias, tiende -especialmente en aquellos países donde el proceso de secularización fue más heterogéneo, y donde amplios sectores quedaron marginados de la participación y de los beneficios del crecimiento- a transformarse en una orientación fundamentalista. Y la orientación propiamente modernista, que en la primera fase tendió a expresarse homogéneamente en términos de movilidad colectiva y a incluir en su seno las más diversas visiones ideológicas, pasa a partidizarse bajo la forma del radicalismo político: aunque esta última continúa siendo en este período la orientación dominante en los movimientos juveniles de la mayor parte de los países de América Latina, no cabe duda que representa ya una versión de más restringida convocatoria y que revierte hacia una fuerte ideologización, especialmente entre los movimientos estudiantiles.

Causa y efecto de esta transformación de las orientaciones de acción es el hecho de que la idea del desarrollo dejó de tener -debido a las insuficiencias dinámicas del propio proceso de crecimiento- una significación compartida y unívoca para los distintos sectores sociales. Como lo ha planteado Huntington (1973), la idea del "círculo virtuoso" del desarrollo socioeconómico tendió a ser sustituida por visiones inversas del nexo causal entre éste y las dimensiones de equidad y participación: por modelos "tecnocráticos" y "populistas" que asumen /la existencia

la existencia de un conflicto, al menos de corto plazo, entre crecimiento y equidad que requiere una opción de prioridades entre ambas dimensiones; y que la naturaleza de esta opción y el grado en que uno u otro valor reciben prioridad son, en gran parte, un producto de las pautas de participación política prevalecientes en una sociedad determinada.

Las últimas dos décadas de la historia latinoamericana parecen mostrar una sucesión de ambos tipos de modelos: por una parte, aquellos que se definen por elevados y crecientes niveles de participación política, unidos a la expansión de servicios gubernamentales y políticas de bienestar, e igualdad económica creciente; pero, si ello es necesario, tasas de crecimiento económico relativamente bajas. La lógica de esta pauta de evolución conduce hacia un creciente conflicto social y hacia la polarización de la sociedad, en la medida que cada vez más grupos pasan a tener participación e intentan compartir un producto estancado o sujeto a muy lento crecimiento. El resultado es habitualmente la confrontación civil y la toma del poder por los militares, los que a su vez suprimen la participación de las restantes fuerzas sociales.

Una variante de este modelo la constituyen los gobiernos militares de corte populista, particularmente en los países en que el ejército asume un rol activo en las tareas aún pendientes de construcción nacional. En este caso, característico de los países andinos, la participación popular toma un carácter más movilizado que autónomo y la confrontación civil tiende a trasladarse rápidamente a los cuarteles bajo la forma del faccionalismo militar.

De otra parte, modelos que se caracterizan por bajos niveles de participación política, altos niveles de inversión (particularmente de inversión extranjera) y de crecimiento económico, y crecientes desigualdades en la distribución del ingreso. Tales modelos amplían fuertemente la brecha entre ricos y pobres, lo que, combinado con los esfuerzos del gobierno por reprimir la participación política, conduce a menudo a "explosiones de participación" que acaban por poner en jaque al sistema político existente.

A menudo las oscilaciones entre uno y otro modelo han implicado drásticas rupturas en los sistemas políticos de la región; y, de hecho, la estabilidad política ha sido durante la última década un atributo de excepción que, o bien aparece asociado a la pervivencia de la organización social tradicional (como en los casos de Haití o Paraguay), o bien a la disponibilidad de fuentes extraordinarias

de recursos externos que han hecho posible un tránsito dinámico hacia la modernidad sin implicar grados importantes de conflicto social interno (como en los casos de Venezuela y Panamá). Sólo en los casos de México y Colombia puede señalarse que las opciones a que condujo el debilitamiento del originario "consenso" desarrollista no lograron afectar la estabilidad de sus sistemas políticos precedentes.*/

Aun a riesgo de simplificar en grado extremo la evolución de la región, pueden señalarse algunas de las orientaciones culturales de acción características de los escenarios "populistas" y "tecnocráticos" como claves de comprensión de los movimientos juveniles de la última década, que naturalmente deben ser reelaboradas en el análisis de cada caso nacional.

De hecho, en ambos modelos puede detectarse un amplio conjunto de insatisfacciones de los actores sociales con el proceso de desarrollo derivadas, sea de la insuficiencia dinámica del proceso, o de la notable disparidad en la distribución de sus frutos; sin embargo, en ninguno de ellos la clave central de comprensión atraviesa ya por el eje "sociedad tradicional-sociedad moderna", sino más bien por el de "inclusión" o "exclusión" de los actores en la sociedad moderna. Mientras por una parte los modelos que Huntington denomina "populistas" tienden a crear en los estratos medios y altos la percepción de retraso en la incorporación a la vida moderna, vis à vis la situación de sus pares en otras naciones, los modelos "tecnocráticos" -cuyo predominio ha sido característico de la última década en América Latina- tienden a favorecer en capas mayoritarias de la población la percepción de una radical exclusión de los beneficios del crecimiento, y de la sociedad de la que forman parte como escindida en términos dicotómicos.

Ya se ha adelantado que, bajo el predominio de los modelos que privilegian participación y equidad por sobre el objetivo de crecimiento, las orientaciones de acción principales tienden a ser las de autoritarismo o radicalismo político,

*/ Como se sabe, en ambos casos se trata de sistemas políticos peculiares en los que la participación popular se encuentra mediada ya por un gran aparato partidario (el PRI mexicano), o por un Pacto entre formaciones partidarias (el Frente Nacional colombiano), y en que la oscilación política pendular se encuentra en cierto modo garantizada institucionalmente (por el principio de no-reelección en un caso de rotación en el otro).

en tanto que ciertas orientaciones fundamentalistas pueden tener lugar entre los sectores sociales marginales menos secularizados. Algo más compleja es la situación en las sociedades en que prevalece el modelo de crecimiento sin participación el que, a pesar de los procesos de redemocratización que están teniendo lugar en varios países, sigue siendo el que impone su lógica a la gran mayoría de la población latinoamericana.

Resulta indispensable diferenciar, en este caso, las pautas de conductas características de los periodos expansivos (cuando los hay) dentro de los marcos de dicho modelo, de las que tienden a prevalecer en los periodos de trisis, esto es, aquellos en que a la ausencia de participación y a las formas inequitativas de distribución de los ingresos se suma un lento ritmo de crecimiento económico o éste, aun, se vuelve negativo.

En los periodos expansivos, parecen en efecto desenvolverse dos tipos de sociedad en el seno de la misma nación: de una parte el sector incluido por el proceso de crecimiento económico que está teniendo lugar, en el seno del cual parecen reproducirse los problemas clásicos de integración y desajuste que acompañan a los procesos de modernización: en la medida que las formas colectivas de participación se encuentran fuertemente penalizadas, la orientación de movilidad individual pasa a ser la clave del sistema y ella es fuertemente promovida por medio de la provisión de recompensas. Por otra parte, las situaciones de desajuste normativo se traducen en diversas formas de retraimiento pasivo, entre las cuales alcanzan preponderancia conductas de placer compulsivo (alcoholismo, drogas, consumo pornográfico, etc.), a menudo compensatorias del bajo nivel de satisfacción alcanzado por los conductos institucionalizados del sistema.

Al mismo tiempo que estos procesos tienen lugar, sin embargo, la naturaleza del crecimiento económico amplía cada vez más el segmento de población excluido del normal funcionamiento -institucionalizado o tolerado- del sistema. En la medida que prevalecen las tendencias atomizadoras propias de la racionalización formal de la vida económica, unidas a la penalización de las formas colectivas de participación, en la "cara oscura" de la sociedad tienden a constituirse las conductas orientadas hacia las diversas formas del crimen o hacia la recreación de la comunidad en base a valores alternativos, según el grado en que la internalización de las metas de éxito propuestas por el sistema haya sido más o menos

/existosa entre

exitosa entre los diversos grupos sociales excluidos. En ambos casos, sin embargo, se trata de grupos sociales secularizados que, lejos de la nostalgia por un orden tradicional pretérito, aspiran ya sea a integrarse plenamente a la sociedad moderna o a corregir un rumbo desviado del desarrollo de esta en relación a su supuesto cuerpo valórico fundante.

Frente a estos momentos de dispersión, los períodos de crisis del patrón de crecimiento abren paso a la constitución de conductas colectivas de alta relevancia; de una parte, en el segmento incluido de la sociedad moderna tienen lugar amplias manifestaciones de la cultura de masas, contracara colectiva de la integración por movilidad individual en la búsqueda de incorporar a los segmentos de la población cuyo desajuste normativo se traduce en una cada vez mayor apatía frente a las satisfacciones materiales y simbólicas que provee el sistema. De otra parte, en el amplio sector excluido el rechazo a los procedimientos institucionalizados se traduce en masivas expresiones de revuelta anómica, en tanto que la afirmación de valores alternativos implica la creciente movilización orgánica de diversos sectores de la población.

Naturalmente este conjunto de orientaciones de acción puede alcanzar grados diversos de significación o predominio, según las características específicas de la sociedad de que se trate.

Allí donde el crecimiento económico ha sido fuertemente dinámico, y se ha visto facilitado por la disponibilidad de fuentes extraordinarias de recursos externos, es probable que las pautas propias de la exclusión sean de escasa relevancia frente a las formas de la movilidad individual y el retraimiento, o que la tensión entre apatía y cultura de masas se presente como el problema normal de legitimación del orden institucional vigente.

Las formas de la anomia, de otra parte, pueden ser diversas en grado y calidad -dando lugar, por ejemplo, a diversas formas de "alienación"- si la operación de un esquema económico excluyente se superpone a la de un sistema político que por largo tiempo ha implicado exclusión de amplias masas al proceso de toma de decisiones, o si un sistema político de tal tipo es de data relativamente reciente.

/Las tensiones

Las tensiones al interior del segmento excluido en los esquemas tecnocráticos, por su parte, pueden ofrecer también alta variación según el grado relativo de homogeneidad o heterogeneidad de las estructuras sociales precedentes: mientras el agrupamiento o la movilización en torno a valores alternativos pueden ser pautas predominantes de acción en sociedades relativamente homogéneas, los componentes anónimos de crimen o revuelta pueden alcanzar elevada significación en sociedades en que la heterogeneidad estructural, o las fisuras en la cultura cívico-política, eran ya grandes al inicio de los experimentos tecnocráticos. Y así sucesivamente.

Más importante de retener aún es que el conjunto de las pautas de acción a que se ha hecho referencia pueden estar, y a menudo lo están, simultáneamente presentes en una sociedad determinada y dentro de un mismo sector social, como la juventud marginal urbana. Los esquemas de desarrollo no logran a veces afectar sino superficialmente las orientaciones de acción constituidas bajo contextos diversos, y éstos prolongan a veces su vigencia en los actores que les son característicos o que contribuyeron en el pasado a conformarlos. La acción social se mueve en un complejo marco de significaciones, entre las cuales las que son expresamente promovidas por un determinado ordenamiento social no conforman a menudo sino la parte del iceberg que aflora a la superficie.

Por esta razón es preciso considerar los conceptos aludidos como orientaciones metodológicas, cuyo valor debe ser reexaminado en cada caso evaluando su adecuación empírica.

De cualquier forma, en la medida que estos pares de conceptos se proponen como claves para interpretar conductas, orientaciones y actitudes de la juventud popular urbana en el marco de la evolución reciente del desarrollo latinoamericano, parece necesario detenerse brevemente en cada uno de ellos con el fin de descomponer sus elementos analíticos.

Esquema

PAUTAS DE CONDUCTA-TIPO EN EL MODELO DE
"MODERNIZACION GLOBAL"

		TRADICIONALISMO	MODERNISMO
		RESISTENCIA	RETRAIMIENTO
"PARADIGMA ORIGINARIO"		Conservadurismo	Secta
			Movilidad colectiva
"MODELO POPULISTA"		Autoritarismo	Fundamentalismo
			Radicalización

PAUTAS DE CONDUCTA-TIPO EN EL "MODELO DE
CRECIMIENTO TECNOCRATICO"

		INCLUSION	EXCLUSION		
		INTEGRACION	DESAJUSTE	RECHAZO	ALTERNATIVIDAD
EXPANSION		Movilidad individual	Retraimiento	Crimen	Comunidad
CRISIS		Cultura de masas	Apatía	Revuelta	Movilización orgánica

C. ALGUNOS CONCEPTOS CENTRALES PARA EL ESTUDIO DE LA JUVENTUD POPULAR

1. Integración

Integración es uno de los conceptos claves de la sociología moderna. En un nivel teórico expresa, por una parte, el equilibrio funcional de un sistema social (consistencia cultural y normativa de los sistemas de roles y funciones), y por otra, la correspondencia entre las expectativas de rol institucionalizadas y las estructuras de motivaciones individuales, vale decir, la internalización adecuada de las pautas de conductas socialmente establecidas. Como veremos luego, las situaciones de desintegración o de anomia sobrevienen ya de desajustes estructurales (anomia objetiva), ya de una internalización defectuosa de las normas y valores predominantes (anomia subjetiva).

Estos conceptos de integración y anomia, formalizados especialmente por Parsons en su teoría de los sistemas sociales, descansan en un presupuesto básico: la consideración de las sociedades modernas como sistemas funcionalmente diferenciados y autorregulados. Por una parte, se trata de sistemas complejos que admiten un alto grado de diversificación de roles (por extensión y desarrollo de la división social del trabajo) y de individualización (por extensión de la esfera de la acción electiva). En este sentido rebasan los límites de la comunidad (usualmente llamada tradicional) cuyo nexo se funda en relaciones primarias (por oposición a relaciones funcionales) y en la adhesión uniforme o adscriptiva de los individuos a los valores y normas del grupo.

Los mecanismos de integración en sistemas altamente diferenciados (llamados a su turno modernos) son diferentes del nexo que predomina en el tipo comunidad. Se trata de mecanismos formales vinculados a la maximización de fines en una estructura social dada; por ejemplo, la integración individuo-sociedad por medio de la adecuación motivacional a las expectativas de rol institucionalizadas. El equilibrio entre normas y motivaciones se consigue espontáneamente. Las normas definen orientaciones de acción al tiempo que delimitan las sanciones correspondientes. Los individuos racionalmente orientados a la obtención de gratificaciones se conducirán con arreglo a aquellas normas y evitarán con ello el displacer de la sanción. Es el mismo principio que subyace la operación de los individuos en el /mercado: la

mercado: la maximización de los beneficios. En ambos casos el desenvolvimiento de una racionalidad puramente formal conduce al equilibrio macroeconómico o a la integración social. Desde luego, el equilibrio como la integración son conceptos límites que no se verifican empíricamente, como ha sido establecido y recalado muchas veces. Pero interesa retener el siguiente problema: este principio de integración sistémico o de mercado, que opera como resultado de la racionalidad formal, constituye un mecanismo de integración distinto del que prevalece en la comunidad. La diferencia radica en que no requiere de un valor que legitime y oriente la acción de los individuos ni que organice su adhesión al sistema. En efecto, se trata de un mecanismo formal de integración que se fundamenta y exige solamente el comportamiento "racionalmente" orientado de los individuos hacia su propio beneficio. Estamos en este punto ante la célebre distinción weberiana entre acción con arreglo a valores (comunidad) y acción racional con arreglo a fines (sociedad), o -en el esquema parsoniano- entre acción tradicional y moderna.

Esta última distinción ha sido usada profusamente en la sociología latinoamericana que define nuestro estadio de desarrollo como una situación de transición entre una sociedad tradicional que se desmorona y una moderna que se esfuerza por construir. En efecto se supone que la modernización es sinónimo de progreso y libertad. Por un lado, diversificación y creciente complejidad del sistema social (masificación, urbanización, industrialización); por otro, ruptura con los modos adscriptivos de vida (servidumbre, etc.) y emancipación humana. La comunidad tradicional se habría pues dislocado. La modernidad exige un principio de integración completamente distinto, ya no fundado en relaciones primarias ni en valores exteriores al sistema (del tipo del absolutismo religioso, el liderazgo carismático, etc.). La modernidad conlleva una tendencia natural hacia la secularización de los valores y la extensión de una lógica de "racionalidades formales". Un concepto que reúne claramente estos dos términos es el concepto de movilidad. A través de ella, la ecuación entre maximización de gratificaciones y adecuación normativa se realiza en toda su amplitud. Es por ello que el estudio sobre conductas integradas remite casi siempre a investigaciones sobre movilidad social.

Las condiciones de la movilidad son dobles: a) se refieren a la existencia de individuos racionalmente orientados hacia la maximización de sus beneficios; por lo tanto, individuos que han internalizado convenientemente las normas y pautas "modernas" de acción social; pero, b) también se refiere a la estructura social

/capaz de

capaz de brindar oportunidades de movilidad (gratificación) a todos aquellos que cuentan con los méritos y capacidad suficientes. El concepto de integración abarca, pues, estos dos aspectos: la existencia de una estructura de oportunidades relativamente abierta y de individuos culturalmente movilizados en la demanda por beneficios. Observaremos que el concepto de movilidad es, o se tiene como, valóricamente neutro: no presupone ningún valor prefijado ni prescribe ninguna creencia particular en la "bondad" de determinados fines o medios; más bien supone una extendida valoración de determinados fines, un rango relativamente elevado de libertad de elección y una cierta eficacia de los medios institucionales disponibles para alcanzarlos. Naturalmente estas condiciones se cumplen en muy distintos grados en el marco de diversas estructuras sociales y, también, las disposiciones hacia la movilidad varían grandemente entre unos y otros agregados sociales.

Los estudios sobre movilidad precisamente distinguen entre movilidad estructural y subjetiva. En un caso se trata de determinar el monto y las características de los procesos de movilidad en una estructura dada; en otro las disposiciones hacia la movilidad que manifiestan los actores. Esta última clase de estudios fue singularmente importante en la década de los sesenta cuando se trataba de estimar la magnitud y el grado de integración cultural que manifestaban los migrantes con respecto a la sociedad urbano-moderna, precisamente a través del método de encuestas. Las disposiciones hacia la movilidad operaban como un índice de secularización. Un estudio importante en este sentido es el de Gurrieri sobre jóvenes marginales en el Gran Santiago. Las mediciones básicas se refieren al nivel y características de las aspiraciones, así como a los medios considerados legítimos y eficaces para lograr aquellas aspiraciones. Gurrieri lograba determinar, por un lado, un nivel de aspiraciones similar al padrón de la clase media urbana y, por otra, una especial credibilidad en la educación (por sobre los medios tradicionales) como instrumento de ascenso social. Ambas características arrojaban señales inequívocas de una generación fuertemente movilizada en la dirección de las pautas modernas, en contraste con las conductas de apatía y fatalismo que se imputaban al migrante tradicional.

Otra medición decisiva en este sentido -que se usa corrientemente- se refiere a la percepción subjetiva del sistema de estratificación social. Normalmente las percepciones dicotómicas (ricos-pobres, clase alta-clase baja) son índices de un sistema social cerrado que bloquea las oportunidades de ascenso; en cambio,

/las percepciones

las percepciones tricotómicas (clase alta-media-baja) son expresivas de una sociedad abierta. En el estudio citado Gurrieri encontraba justamente tales percepciones tricotómicas. Una tercera medida que conviene destacar, por último, se refiere a las percepciones existentes acerca de las posibilidades de movilidad intergeneracional. Las referencias a un futuro mejor que el de los padres fue una señal unánime acerca del optimismo histórico que prevalecía en la generación de los sesenta, como se desprende por ejemplo del estudio de E. Torres Rivas sobre la juventud salvadoreña. Al contrario, entre los jóvenes chilenos se ha encontrado actualmente la percepción inversa: el futuro se presume peor al que tuvieron los padres, lo cual expresa dramáticamente el quiebre de las expectativas de progreso y desarrollo que se forjaron, e incluso han sido y continúan siendo socialmente promovidas.

La determinación de las oportunidades reales de movilidad y las percepciones subjetivas que sobre ella existen es un tema básico que debe resolverse en una investigación de este tipo. La movilidad es el principal componente integrativo de las sociedades modernas: expresa con ello la eficacia y extensión con que se ha operado la secularización de los valores y de la racionalidad formal.

El tema de la integración recoge además una nueva dimensión: la cultura de masas. La cultura de masas (especialmente la penetración de los medios de comunicación modernos) ha sido vista como refuerzo de las motivaciones por movilidad individual a través del conocido "efecto de demostración". La imposición de determinados estilos de vida, la incitación al consumo, la presión por el éxito, etc. promueven la búsqueda de movilidad según las pautas socialmente establecidas. También la cultura de masas es espectáculo, fiesta, recreación, vale decir, consumo. En cualquier caso, es importante destacar que la cultura de masas es, o suele tenerse como, éticamente vacía. Ya sea como incentivo a la búsqueda de gratificación, o como gratificación en sí misma, suele ser un mecanismo que refuerza la integración en un orden formal de maximización de beneficios. La cultura de masas no antepone valores al predominio de la racionalidad formal, sino que la representa colectivamente. Esta escasa densidad ética de la cultura de los medios de comunicación es un factor que debe tomarse en cuenta. En efecto, a menudo se sobreestima su capacidad en la producción de conductas conformistas, aparentemente integradas. No obstante, esta penetración siempre se asemeja débil y espúrea /cuando no

cuando no va acompañada de oportunidades reales de movilidad social. La rebelión de los jóvenes uruguayos o chilenos, expuestos durante años a una cultura casi exclusivamente comercial, y donde es fácilmente verificable su impacto, así lo confirma. También sucede lo contrario; allí donde existen mayores expectativas de promoción social suele desarrollarse con más vigor una crítica a la cultura de masas. Esto ocurre comúnmente en los movimientos estudiantiles. Las relaciones, pues, entre la disposición individual hacia la movilidad y la integración dentro de una cultura de masas no son necesariamente de correspondencia. Se suele cometer muchos errores identificando la una con la otra. Según parece, el primero de estos conceptos resulta decisivo en el estudio de conductas integradas.

Con todo, resulta importante evaluar el impacto efectivo de la cultura de masas en la conformación de las actitudes y orientaciones de acción de la juventud y, en particular, en la conformación de disposiciones al conformismo o a la integración vía movilidad social. La vía habitual para la investigación de estos aspectos es el estudio de la exposición a medios de comunicación, o de la magnitud y naturaleza del consumo cultural, así como de la asociación de estos factores con los gustos, aspiraciones u objetos de identificación del entrevistado (estilos de vida deseados, personajes admirados, etc.)

Frecuentemente estos aspectos de la investigación se constituyen en datos cargados por sí mismos de capacidad heurística, mucho más allá del problema de su asociación o no asociación con los "modelos" propuestos por la cultura de masas. Así por ejemplo, en materia de gustos musicales, la afición al "heavy rock", extendida en amplios segmentos de la juventud y el descarte -por ejemplo- de la afición al folkore o a la balada romántica, puede arrojar importantes claves interpretativas sobre el temperamento y las actitudes juveniles, aun si todas esas corrientes musicales son igualmente promovidas (o, alternativamente, omitidas) por los medios masivos de comunicación y la industria cultural. Más aún, precisamente debido al carácter "formal" de la cultura de masas la investigación del contenido sustantivo de los gustos, aspiraciones u objetos de identificación resulta irremplazable.

2. Anomia

Según hemos visto más atrás anomia implica siempre algún nivel de desintegración, ya sea cultural o normativa. Lo que se pretende con este concepto es categorizar todas las situaciones sociales en que, por diversos motivos, no opera adecuadamente

/la conformidad

la conformidad de los sujetos con las expectativas de rol que les son asignadas en su función. Este "cortocircuito" proviene ya de inconsistencias o contradicciones en las pautas y estructuras de roles (anomia objetiva) o bien del hecho que estas pautas no se corresponden con la estructura de motivaciones de los sujetos (anomia subjetiva).

Tal vez la formulación más conocida sobre la anomia sea la que realizó el sociólogo norteamericano R.K. Merton. Este autor define anomia como "la disyunción entre las normas y objetivos culturales y las capacidades socialmente estructuradas de los individuos del grupo para obrar de acuerdo con aquellas". El origen fundamental de la anomia sería el conflicto entre las metas culturales y la posibilidad de emplear medios institucionalizados para realizarlas. La tipología mertoniana sobre conductas anómicas es una combinación entre estos dos términos: aceptación o rechazo de las metas y medios socialmente aprobados. Así, por ejemplo, la "innovación" indica generalmente internalización de los objetivos culturales, pero utilización de medios no legítimos para alcanzar dichos fines (es el rango en el cual se clasifica usualmente el crimen). Las conductas de "retramiento" o "apatía", en cambio, expresan una cierta indiferencia o desprecio tanto de los fines como de los medios institucionalmente establecidos. La "rebelión" también expresa este rechazo global a los objetivos culturales de la sociedad, pero se distingue del retramiento en que este rechazo se consagra en nombre de nuevos o diferentes valores. Por último, el "ritualismo" es el inverso de la innovación: implica apego a los medios pero indiferencia respecto de los objetivos (conducta clásicamente asociada al burócrata). La tipología mertoniana supone, pues, que toda sociedad ha institucionalizado ciertos valores (en este caso sin duda la búsqueda del éxito) al tiempo que legitima ciertos medios y sanciona otros en la consecución de aquellos. El desequilibrio fundamental se produce cuando las posibilidades de movilidad se reducen, o la presión por el éxito es tal que los individuos tienden a sobrepasar los medios institucionalmente aceptados. Para Merton la variedad anómica principal es la innovación: el primado absoluto de los valores del éxito en la sociedad norteamericana y la secuela de conductas desviadas que tal primacía trae consigo. Merton escribe en el marco de una sociedad que ha establecido las pautas y orientaciones de valor de la modernidad; la sociedad norteamericana suele ser caracterizada, en efecto, como una sociedad definitiva y homogéneamente secularizada.

En la sociología latinoamericana, en cambio, la anomia fue estudiada casi siempre en la variedad del retraimiento. Como hemos dicho, el interés estaba puesto en los procesos de transición y específicamente en los potenciales de anomia social que existían entre los migrantes de origen rural que no encontraban oportunidades fáciles de integración en la sociedad urbana. Germani examina detalladamente este proceso de transición campo-ciudad según el esquema de tránsito desde estructuras tradicionales hacia estructuras modernas. En efecto, a partir de un estado original de integración (tradicional) se produce ruptura o desintegración y desplazamiento respecto de la estructura de roles y valores preexistentes. La respuesta frente a este desplazamiento es doble: puede darse como retraimiento o como puesta en disponibilidad o movilización psicológica, para usar los términos de este autor. La movilización psicológica podría definirse como una "propensión activa a restablecer el equilibrio entre el nivel psicosocial y otros (u otros) niveles normativo y ambiental"; el retraimiento, en cambio, implica diversos grados de apatía o de resistencia frente a la nueva estructura de normas y valores. Como hemos señalado el primer proceso (movilización psicológica) conduce a la integración, el segundo a la anomia. El retraimiento anómico puede ser visto, a su vez, como apatía (como ausencia de participación según la célebre definición de Desal sobre la marginalidad urbana), o bien como restitución y prevalencia de los valores tradicionales. En esta última dirección se encaminan estudios como los del sociólogo belga C. Lalive sobre el pentecostalismo chileno. Según este autor la comunidad pentecostal, que crece justamente en las zonas de frontera urbana (especialmente entre trabajadores no proletarizados, vale decir, migrantes que no han tenido acceso a la industria), constituye una recreación de la comunidad tradicional basada en relaciones primarias y valores religiosos compartidos. Lalive ha dado a su estudio sobre el pentecostalismo chileno el sugestivo título de "El Refugio de las Masas" indicando con ello el retraimiento respecto del mundo moderno que produce el desarraigo de masas a la vez migrantes y marginalizadas. Reiteremos, pues, que las situaciones anómicas fueron vistas en el marco de estos procesos de transición, es decir, del desmoronamiento de estructuras tradicionales y el acceso frustrado a la modernización. El estudio citado de Gurrieri sobre disposiciones hacia la movilidad social entre jóvenes marginales fue repetido varias veces (incluyendo varios trabajos del propio Desal) entre migrantes adultos, tratando de desentrañar precisamente el potencial anómico que subyacía tras la marginalidad social.

El tema de la anomia, no obstante, ha sido replanteado en el curso de la última década. El desmembramiento de lo que podríamos llamar la cultura y normas de una sociedad tradicional ha sido un proceso relativamente generalizado y establecido, aunque las dificultades de incorporación dentro del mundo moderno subsisten, e incluso suelen haberse profundizado. En otras palabras, la realidad del último decenio muestra la aparición de vastos y crecientes conglomerados de marginalidad no tradicional. Se trata sin duda, preferentemente, de la juventud urbana marginal, expuesta por un lado a intensos procesos de secularización (a través de la promoción escolar, la extensión y penetración de los medios de comunicación modernos y la propia experiencia de urbanización), y por otro, a una exclusión relativamente intensa y prolongada respecto de los mecanismos de movilidad e integración (principalmente en el terreno del empleo, la vivienda y la participación social y política). Los efectos anómicos del tránsito (que operaron por desintegración de estructuras tradicionales) se han transformado aquí en los efectos anómicos de la crisis (por obra de un proceso de modernización fallido). La llamada frustración desarrollista se manifiesta en toda su amplitud produciendo situaciones anómicas extraordinariamente intensas que a muchos autores ha llevado a privilegiar, en el último tiempo, el tema de la rebelión.

Retengamos algunos índices de anomia objetiva que se mencionan por doquier en los estudios actuales sobre juventud marginal: desintegración cultural de la familia popular (especialmente como resultado de la recomposición espúrea de la familia extensa, la pérdida de las solidaridades internas y el declive del autoritarismo paterno); frustración de la movilidad por educación (escolarización ociosa); desindustrialización y marginalidad en el empleo (con predominio de los empleos informales y la auto-ocupación que impide entre otras cosas la asociación de intereses); exclusión política (usualmente con eliminación del derecho a sufragio y variadas formas de represión), etc. Todos estos índices, cual más cual menos, configuran un cuadro de desintegración normativa (atomización), exclusión respecto de la sociedad organizada (y restablecimiento de una percepción dicotómica de la sociedad sobre el eje incluidos-excluidos), degradación o pérdida de confianza en las oportunidades de movilidad social e incertidumbre respecto del futuro (o crisis de futuro como se ha mencionado en varios trabajos sobre los jóvenes de hoy).

La crisis de la modernización produce, pues, un efecto anómico que puede definirse en el sentido más propiamente durkheimiano (quien restituyó el concepto para la sociología principalmente en su libro acerca del suicidio). En efecto, Durkheim usa el concepto de anomia en su sentido etimológico, como ausencia de normas y de orientaciones de valor, como alienación y divorcio del individuo respecto de la sociedad, que conduce en su versión límite a la pérdida del sentido de la vida (esto es, al suicidio). Desde luego, estos procesos de desintegración tienen una intensidad variable, pero expresan en muchos casos los estados de frustración, ausencia de credibilidad, agresividad y atomización que caracterizan a muchos sectores de la juventud latinoamericana de nuestros días.

La anomia no puede ser definida, sin embargo, como concepto límite, vale decir, como suicidio. En nuestro esquema anterior hemos mencionado varias clases de conductas anómicas que son empíricamente registrables y surgen de los materiales de investigaciones recientes sobre jóvenes. Tales conductas abarcan el retraimiento y la apatía, la innovación (el crimen en el sentido de Merton) y la revuelta, cuyas definiciones generales hemos enunciado más arriba. Conviene hacer notar la existencia de nuevas formas de retraimiento anómico distintas de la actitud tradicional hacia la apatía y el fatalismo (conformismo pasivo). La generalización del uso de drogas entre la juventud marginal se ha clasificado últimamente como una conducta de este tipo. En efecto, según algunos autores la farmacodependencia y el uso y abuso de drogas ha perdido el carácter de práctica comunitaria que tuvo en el pasado, asociada al movimiento hippie, para transformarse en una experiencia menos densa culturalmente y también menos colectiva. Las drogas recuperan su efecto estrictamente evasivo: refugio en el placer inmediato frente a las penurias de la vida. Sería una forma particular de huir del mundo real, pero ya no en nombre de una ética distinta como en el caso hippie, sino como reacción frente a la frustración individual. Se trataría, pues, de una práctica que no alcanza consistencia comunitaria (alternatividad), pero que ciertamente está lejos de los imperativos del orden normativo (en la medida que sustituye esfuerzo individual por placer).

Otros autores han examinado también formas específicas de rebelión anómica. Nos referimos principalmente a la revuelta de los jóvenes chilenos contra el régimen militar de aquel país. Se sostiene, en efecto, que la rebelión es originalmente inorgánica y agresiva: expresión de los grupos desestructurados

/de la

de la sociedad chilena (sobremedida los jóvenes afectados por tasas de desempleo abierto, o empleo mínimo, que superan el 70% en las poblaciones marginales) y cuya manifestación es la revuelta descontrolada. En algunos niveles, las protestas nacionales chilenas (que se extienden en los barrios periféricos con gran intensidad represiva) hacen emerger una juventud débilmente organizada, que no reconoce liderazgos precisos en la oposición política y que se presenta, ante todo, como una fuerza de negación y asalto contra las instituciones sociales. A esto se le ha denominado rebelión anómica (revuelta en nuestro esquema anterior). Difiere de la acepción que da Merton al concepto de rebelión. En efecto, Merton incluye aquí la rebelión estructurada que se practica en nombre de una ética alternativa y que puede ser portadora de una normatividad muy rigurosa. Lo que caracteriza en cambio a la revuelta es su inorganicidad y agresividad; la ausencia de principios positivos de constitución y de referencia a proyectos sociales alternativos, en gran parte espejo, al menos en el caso chileno, de las agudas tensiones anómicas que atraviesan a la juventud marginal.

El estudio de la anomia no puede hacerse directamente sino a través del análisis de conductas objetivas y verificables. Sin embargo, las dimensiones subjetivas de tal fenómeno han sido formalizadas en diversas escalas de actitudes que combinan las dimensiones psicológicas de desconfianza en la existencia de solidaridad colectiva, incertidumbre ante el futuro, ausencia de credibilidad en las instituciones, percepción del presente como degradación (ver, en particular, los conocidos trabajos al respecto de Leo Srole).

3. Alternatividad

Las conductas integrativas y anómicas no describen todo el campo de la acción juvenil. Hemos reservado el término alternatividad para designar todas aquellas conductas que manifiestan cierto nivel de rechazo o resistencia organizada contra los modelos culturales establecidos. No nos estamos refiriendo aún al nivel de la organización corporativa o asociación de intereses (por ejemplo, la participación sindical o política), sino todavía al campo de las orientaciones de valor.

Cuando mencionamos el marco analítico de las conductas integrativas nos referimos al predominio y extensión de la racionalidad formal (y específicamente propusimos hacer hincapié en el estudio sobre la movilidad individual). En el

/examen de

examen de las conductas alternativistas, debemos relevar aquellas acciones que se realizan con arreglo a valores, que proponen sentidos que escapan a la lógica de la maximización de beneficios y que adquieren, por esta misma razón, una dimensión colectiva y alternativa. En efecto, frente al dominio de la modernidad, que se presenta siempre como un orden formal de intercambios (mercado) y regulaciones (orden), los grupos sociales anteponen y reclaman orientaciones de valor. Así sea por inclusión dentro de los procesos de modernización (clásicamente la crítica de los movimientos estudiantiles contra la cultura del éxito y la promoción individual) o por exclusión (y necesidad de restablecer sentidos de identificación colectiva), la acción conforme a valores juega un papel central. Un ejemplo paradigmático en estos años ha sido la defensa de los derechos humanos como reacción contra los imperativos puramente formales de mantenimiento y reproducción del Estado, y los enormes sacrificios que ello demanda. Otro, al cual nos referiremos más detalladamente, es la respuesta comunitaria frente a la extensión y desarrollo de relaciones de mercado. En un caso, frente al principio de la seguridad se anteponen los derechos del hombre; en el otro, frente a la competencia y la lógica de los intercambios privados, se reclama cooperación y restablecimiento del sentido de comunidad y solidaridad. En ambos casos, se exige el reconocimiento de valores que están fuera de la lógica institucional, vale decir, de la operación puramente formal del poder y de los intercambios. En este aspecto, como en el anterior, es preciso estudiar la adscripción de los jóvenes a orientaciones alternativistas por la vía indirecta de las escalas de actitudes y de las preguntas sobre participación en organizaciones sociales, ya que la encuesta no es un medio adecuado para el estudio de conductas.

Ahora bien, este conjunto de orientaciones culturales debe ser interpretado en relación a las situaciones sociales objetivas en que viven los distintos segmentos juveniles populares urbanos en América Latina. Como se ha señalado muchas veces, la condición juvenil está sociológicamente definida por los efectos que sobre un grupo determinado de edad alcanzan tres grandes estructuras o instituciones sociales: la familia, el trabajo y la educación. Conviene pues detenerse brevemente en cada una de ellas.

D. PRINCIPALES DIMENSIONES ESTRUCTURALES

1. Trabajo

Si hay un aspecto en que la promesa de la modernización se ha revelado inconsistente para los jóvenes latinoamericanos en el último período, éste es, precisamente, el de su capacidad para generar una dinámica económica suficiente para absorber a contingentes crecientes de ellos al empleo productivo o, simplemente, para proveer crecientes oportunidades ocupacionales a las nuevas generaciones.

Así, aunque se ha venido produciendo en las últimas décadas un cierto descenso en la proporción de jóvenes incorporados a la población económicamente activa total, debido fundamentalmente al aumento en la cobertura del sistema educacional, no deja de resultar impresionante el hecho de que, hacia 1980, el grupo etario de 15-24 años representara en la mayor parte de los países de la región el 50% o más de la desocupación abierta -alcanzando en algunos países, como Colombia o México, cifras cercanas al 70%.*/ Y que, de otra parte, la participación de los jóvenes en el empleo informal haya pasado a ser abrumadoramente mayoritaria.

A lo largo de la última década, en particular, la relación entre el desempleo y el empleo precario de una parte y el empleo formal o establecido de otra se hizo mucho más desfavorable para la generación joven de las ciudades que para el conjunto de la PEA urbana, invirtiéndose la tendencia que se venía observando en el período anterior. En el decenio 1960-1970, en efecto, la proporción de jóvenes desocupados o en situaciones de empleo precario con respecto a aquellos con empleos asalariados o establecidos venía disminuyendo, o creciendo a un menor ritmo que en el conjunto de la PEA urbana; ello indicaba que los jóvenes estaban incorporándose con mayor rapidez que los adultos a las posiciones del empleo formal y que, en consecuencia, eran afectados relativamente en menor medida por los procesos de marginalización ocupacional. En la última década esta situación se revirtió. Aun en los países que han conocido una acelerada mutación de sus estructuras ocupacionales urbanas, logrando una alta tasa de absorción hacia posiciones formales o establecidas (como el caso

*/ Ver CEPAL, Situación y Perspectivas de la Juventud en América Latina, E/CEPAL/Conf.75/L.2, 17 de agosto de 1983.

de Panamá), se produjo en la década de los setenta una disminución absoluta de las posiciones formales ocupadas por los jóvenes urbanos, dando lugar a un incremento del empleo precario y el desempleo en relación al período precedente; esta situación, naturalmente, es mucho más pronunciada en países como Chile, que en la última década han visto bruscamente frenadas sus tasas históricas de creación de empleos. El cuadro 1 muestra la diferencia entre las tasas de crecimiento de la fuerza de trabajo juvenil urbana desempleada o en situación de empleo precario y de la población joven urbana económicamente activa para cuatro países de América Latina; en él puede apreciarse cómo, en la última década, las tasas de crecimiento anual promedio del empleo precario son sustancialmente mayores que en la década anterior y superan ampliamente a las tasas de crecimiento de la PEA urbana joven, denotando un proceso de creciente marginalización laboral de la juventud.

Cuadro 1

INDICE DE INFORMALIZACION DEL EMPLEO JUVENIL URBANO EN CUATRO PAISES DE AMERICA LATINA a/

Chile	1960-1970	1970-1980
	0.55	3.63
Ecuador	1962-1974	1974-1982
	0.33	2.07
Panamá	1960-1970	1970-1980
	-0.92	0.52
Uruguay	1963-1975	1.04

Fuente: Censos Nacionales de Población. Chile, Encuestas Nacionales de Empleo.

a/ Se calculó el monto del "empleo precario" como una agregación del desempleo y las ocupaciones inferiores urbanas por cuenta propia. A la tasa de crecimiento promedio anual del "empleo precario" se restó la tasa promedio anual de crecimiento del grupo 15-24 años en la PEA urbana.

/Desde un

Desde un punto de vista económico, esta situación puede verse como un claro síntoma de agotamiento de los esquemas de desarrollo imperantes, cuyo efecto es el desperdicio de recursos humanos de alta calificación relativa: esto es, como un grueso efecto de irracionalidad de la economía.

Desde un punto de vista sociológico, la mantención por períodos prolongados de altas tasas de desempleo, subocupación o empleo informal implica al mismo tiempo un alto nivel de inorganicidad de la masa laboral, lo que puede implicar dificultades crecientes para el funcionamiento de mecanismos de concertación social o de negociación de intereses corporativos. En la medida que amplios contingentes de jóvenes se incorporan a la vida activa sin que ello implique al mismo tiempo su incorporación a conglomerados laborales orgánicos, tienden a prevalecer en ellos las formas asociativas preexistentes y a prolongarse así, forzada y deformadamente, su inserción en la sociedad como "juventud".

La incorporación al mundo laboral adulto, en efecto, no implica solamente el paso de jóvenes de la categoría de "inactivos" hacia la de "población económicamente activa", sino al mismo tiempo el traspaso de su representación en la sociedad hacia otros movimientos y organizaciones: en definitiva, su incorporación al mundo de otros actores sociales distintos de la propia juventud. La densidad de las relaciones sociales implicadas en la vida laboral juega en este sentido un papel clave, puesto que es ella la que da lugar a la constitución de actores de carácter corporativo o clasista, desplazando total o parcialmente las identificaciones y lealtades propias del mundo de la familia, la escuela o el barrio. La escasa o nula densidad de las relaciones sociales propias del desempleo o del empleo precario, en cambio, implica incapacidad de los roles laborales por transformar los grupos básicos de referencia de los jóvenes que acceden a ellos.

Si la precarización creciente del empleo juvenil ha sido una tendencia persistente en toda la década, este fenómeno se ha visto reforzado en los últimos años como efecto de la crisis recesiva que ha afectado a la región. En un estudio reciente de PREALC */ se ha mostrado que, entre 1979 y 1982, las tasas de desempleo entre los jóvenes aumentaron en forma alarmante, pese a que ya en el año de inicio eran las más altas de todos los grupos de edad considerados para cuatro países. (Véase el cuadro 2.)

*/ P. Van Durme, El Perfil del Desempleo. Borrador, policop. PREALC, Santiago, junio de 1984.

Cuadro 2

TASA DE DESOCUPACIÓN POR GRUPOS DE EDAD EN CUATRO PAISES DE AMERICA LATINA, 1979-1982

País y grupo de edad	Tasa de desocupación		País y grupo de edad	Tasa de desocupación	
	1979	1982		1979	1982
<u>Colombia</u>			<u>Venezuela</u>		
12-19	20.3	22.7	12-19	10.6	15.1
20-24	14.7	17.5	20-24	6.3	11.3
25-44	5.1	6.5	25-44	2.0	5.5
45-54	3.0	3.1	45-54	1.0	2.9
55-64	2.9	3.5	55-64	1.1	4.4
65 y más	2.9	3.2	65 y más	-	-
<u>Costa Rica</u>			<u>Chile</u>		
12-19	15.8	22.6	12-19	22.5	44.9
20-24	9.3	19.1	20-24	19.1	36.3
25-44	2.3	6.2	25-44	6.8	21.6
45-54	1.4	4.6	45-54	8.2	17.8
55-64	-	4.5	55-64	4.5	16.4
65 y más	-	7.7	65 y más	1.6	7.9

Fuente: PREALC.

A la debilidad del proceso de creación de empleos y los efectos de la crisis, con el consiguiente abultamiento del sector terciario informal y el desempleo, debe agregarse la creciente segmentación en las formas de inserción ocupacional de los jóvenes, lo que tiene como consecuencia una fuerte polarización entre los distintos estratos sociales de la juventud: mientras por una parte proporciones crecientes de jóvenes tienden a quedar encerrados en circuitos de marginalización, por otra la expansión de los sectores modernos en comercio y servicios y -en ciertos casos- de empresas productivas de gran tamaño y alta complejidad tecnológica tienden a privilegiar en su reclutamiento la posesión de altos niveles educativos, asociando a su vez a los puestos niveles relativamente altos de estabilidad, remuneración y posibilidades de

/ascenso.* / Las

ascenso.*/- Las diferencias son también significativas entre la situación de los jóvenes que logran acceder a un puesto de trabajo en el empleo formal y aquellos que permanecen al margen del mismo, aun si en el primer caso se trata de ocupaciones manuales inferiores que no requieren de elevados niveles de calificación.

De una parte, las dificultades de incorporación a la población ocupada y la inorganicidad que se asocia a los roles de incorporación tienden a incrementar cuantitativamente la proporción de población en situación de "juventud"; pero, de otra, el proceso de segmentación que se ha anotado tiende a dificultar la constitución de la misma en un actor social dotado de cierta homogeneidad interna. De hecho, en la mayor parte de América Latina la segmentación entre "incluidos" y "excluidos" sigue la pauta de segregación espacial de las ciudades, transformándose en un fenómeno visible para cualquier observador.

Este fenómeno no deja de resultar paradójico si se tiene en cuenta que los procesos de urbanización y de expansión del sistema educativo han contribuido a hacer más homogéneos los puntos de partida en la carrera ocupacional de los jóvenes de distintos estratos sociales, comparados con los de la generación de sus padres. La segregación espacial de las ciudades parece operar así como un refuerzo a las distancias establecidas por los sistemas de estratificación, cuya legitimidad tiende a verse cuestionada por el avance de los procesos homogeneizadores señalados. De allí que, operativamente, tiendan a confundirse los criterios de inclusión o exclusión del mundo del trabajo formal con los relativos a la ubicación de los jóvenes en la distribución social del espacio urbano.

En el estudio de la inserción de los jóvenes en el mundo del trabajo deben tenerse presente estos factores, particularmente la situación de inclusión o no inclusión de ellos en el empleo formal y las diversas gradaciones sociales -originadas en estabilidad, ingresos, prestigio, posibilidades de incorporación al empleo formal- que se dan al interior de las situaciones de empleo precario. Al mismo tiempo, debe considerarse -cuando existe- la carrera ocupacional seguida por el joven en estudio y no sólo su situación actual en la ocupación: las carreras ocupacionales que indican una tendencia de creciente

*/ Ver CEPAL, Situación y Perspectivas ..., op.cit., cap. II.

degradación, en efecto, parecen incidir fuertemente sobre los componentes anómicos de la conducta y las percepciones de los jóvenes;*/ en la medida que tales carreras son por definición breves, el período de crisis recesiva iniciado a comienzos de los ochenta tiene una fuerte gravitación y hace que la tendencia a la degradación ocupacional alcance un carácter generalizado. Cabe preguntarse, sin embargo, hasta qué punto las variaciones en el punto de partida de los procesos de degradación ocupacional explican diferencias en las actitudes y comportamientos sociales de los jóvenes, así como el grado en que ellos se definen a sí mismos como jóvenes o como trabajadores que han perdido su empleo.

El análisis de la marginalidad ocupacional ha concentrado un fuerte debate metodológico en el último tiempo, toda vez que las categorías internacionales convencionales (especialmente de origen censal) no dan perfectamente cuenta de su crecimiento, diversificación y especificidades. Conviene recordar aquí, pues, algunos de estos debates que incluyen los problemas de estimación del desempleo, subempleo y empleos informales.

Técnicamente la población desocupada es aquella parte de la población incorporada en la fuerza de trabajo que no encuentra una ocupación en el mercado laboral. Entre los desocupados se distingue, a su vez, entre aquellos que buscan su primer empleo y los cesantes. Esta definición admite una dificultad en la medida en que supone la disposición o búsqueda de empleo por parte del desocupado en un cierto lapso de tiempo (en las encuestas oficiales normalmente la semana anterior). En caso que tal disposición no exista se clasifica a los individuos como inactivos (no buscan ni tienen trabajo). Entre los inactivos, sin embargo, figuran los llamados "trabajadores desalentados", vale decir, aquellos que se han retirado a la inactividad (no buscan trabajo) dadas ciertas condiciones restrictivas en el mercado de trabajo. El caso de los trabajadores desalentados es un caso de desempleo oculto o potencial, que se produce frecuentemente en situaciones de desempleo generalizado, y en aquella parte de la población considerada fuerza de trabajo secundaria (que admite una alta proporción de jóvenes). Esta es una condición que debe ser tenida en cuenta en los estudios sobre desocupación.

*/ Ver Valenzuela, E., Tamaño, Evolución y Características de la Juventud en el Estrato Marginal Urbano: el Caso de Chile. SUR-PISPAL, Santiago, 1984.

No obstante, la circunstancia más común en los estratos populares suele ser la inversa, vale decir, la incorporación a la fuerza de trabajo y el aumento de los que buscan trabajo por primera vez en períodos de crisis y contracción económica. Es suficientemente sabido que el desempleo de los jefes de hogar o caídas drásticas en los ingresos familiares provocan una diversificación en la búsqueda de empleo e incrementos de la fuerza de trabajo secundaria (que incluye a la población activa no jefe de hogar, o sea, principalmente mujeres y jóvenes). En estos estratos la selectividad en la búsqueda de empleo es mucho menor (siendo esta una de las causas del retiro a la inactividad en los estratos superiores) y la necesidad de conseguir ingresos más imperiosa. En períodos de crisis suele encontrarse, pues, mucho desempleo secundario que se expresa en el incremento de la oferta de trabajo joven (con el efecto concomitante de la deserción escolar) y femenino. En el caso de los jóvenes (especialmente hombres), sin embargo, la deserción escolar se hace permanente, mientras que la presión sobre el mercado de trabajo que ejercen las mujeres adultas decae en períodos de expansión económica (retornan a la inactividad). La distinción entre desempleo primario (jefes de hogar) y secundarios debe ser también materia de estudio.

Las medidas de subempleo, por su parte, son variadas y disímiles. Es usual considerar subocupados a aquellos trabajadores que consiguen empleos ocasionales o empleos permanentes con escasa intensidad horaria (jornadas parciales de trabajo). En ambos casos, son trabajadores formalmente ocupados pero cuyo tiempo o jornada de trabajo está por debajo de su capacidad productiva. En ocasiones, el subempleo está vinculado también con aquellas labores de baja productividad o ingresos en relación con las calificaciones de los trabajadores. Un ejemplo característico de subocupación son los programas de empleo mínimo que se han masificado en Chile con la crisis económica: estos programas combinan una intensidad horaria que fluctúa entre 5 y 7 horas diarias de trabajo y concentran en tareas de baja productividad una alta proporción de trabajadores calificados expulsados de la industria, o bien, jóvenes obligados a acceder al empleo que cuentan con alta instrucción relativa. El criterio vinculado al tiempo de trabajo resulta una medida más directa y expedita de las situaciones de subempleo; el criterio de productividad, en cambio, es más difícil para una estimación cuantitativa de la capacidad laboral ociosa. La identificación del subempleo en este caso puede hacerse en relación con empleos anteriores del mismo trabajador

o en relación con sus niveles de instrucción. Esta última estimación resulta siempre importante: en términos generales, alguna medida acerca de la congruencia entre educación y trabajo debe ser incorporada en un estudio sobre juventud marginal, sobre todo cuando los déficit ocupacionales se producen en el marco de una población cuyos niveles de escolaridad han aumentado y se han diferenciado notablemente.

Las estimaciones convencionales del subempleo nos remiten, por último, a la noción de empleo informal, ocupada crecientemente en la sociología latinoamericana para identificar situaciones de empleo precario. Como se sabe, el concepto de empleo informal pretende dar cuenta de aquella parte del mercado ocupacional no establecido, vale decir, compuesto por ocupaciones inestables, de baja productividad e ingresos, de escasas calificaciones, etc. La preocupación por la informalización del empleo proviene, como se recordará, de dos circunstancias precisas: por un lado, de la reducción de posiciones asalariadas en servicios del Estado según se ha visto en muchos países de la región sometidos a procesos relativamente intensos de desburocratización, y por otro, probablemente el más importante, por el declive de la capacidad de absorción de empleo que experimenta el sector secundario y, sobre todo la industria manufacturera, dada la intensidad del proceso de urbanización. La consecuencia de ello sería la expansión de un sector informal que operativamente comprende a los trabajadores por cuenta propia (excluyendo profesionales y empleadores), familiares no remunerados y asalariados en pequeños establecimientos (empresas con menos de 5 trabajadores) incluyendo en esta categoría al servicio doméstico. Esta definición esconde, como se ha señalado varias veces, excesiva diversidad, que la información censal, a diferencia de una encuesta, no permite detectar. Sería necesario advertir, al menos, algunas dificultades: en primer lugar, algunas ocupaciones independientes no son exactamente ocupaciones marginales, vale decir, reúnen condiciones de estabilidad, remuneración y calificación aceptables. Es cierto que casi siempre tales ocupaciones (artesanos por cuenta propia, comerciantes en pequeño, taxistas) son propias de edades adultas, esto es, el empleo independiente entre los jóvenes suele ser un empleo precario. En segundo lugar, el empleo doméstico -clásicamente una ocupación de ingreso a la fuerza de trabajo y de incorporación en la ciudad- presenta también estabilidad y remuneraciones normalmente por encima de otras ocupaciones típicamente informales y es

/preciso distinguirlo

preciso distinguirlo de tales empleos por todas estas singularidades. En tercer lugar, es común que ocupaciones asalariadas que no se realizan en unidades pequeñas de producción o servicios, sean igualmente precarias que aquellas: ejemplos representativos son los asalariados jóvenes que se emplean por temporadas, faenas o como aprendices en la industria o la construcción, o los ya mencionados programas gubernamentales de empleo mínimo chilenos. La precariedad del empleo, pues, admite una definición más compleja y precisa que no comprende todo el empleo independiente, y sin duda, más del empleo asalariado que concede la definición original. El método de la encuesta tiene la virtud justamente de permitir detectar y establecer estas precisiones.

2. Educación

En lo que se refiere a las transformaciones de la familia y del empleo, el balance de los procesos efectivamente acaecidos y su comparación con las previsiones del modelo de modernización global dejan un saldo decepcionante; estos factores, que resultan claves en la integración de la juventud a la sociedad moderna, definitivamente no han seguido el camino previsto y, a la inversa, muestran los problemas que enfrentan las sociedades latinoamericanas tanto para socializar a las nuevas generaciones como para incorporarlas a los roles adultos. Sin embargo, esto está lejos de significar que el proceso de modernización, considerado en su conjunto, no ha provocado cambios de alta significación en las sociedades latinoamericanas durante los últimos 30 años, y particularmente en aspectos que contribuyen decisivamente a la definición de las condiciones sociales de existencia de la juventud.

Así, la "insuficiencia" del crecimiento económico en absoluto significa ausencia de crecimiento: al contrario, se ha demostrado que las tasas de crecimiento industrial de América Latina en los últimos 30 años, por ejemplo, superan las que se registraron en los períodos iniciales de industrialización de las sociedades desarrolladas, tanto en términos de su contribución al producto como de su dinámica de generación de empleos.*/ Sin embargo, tal proceso se ha desarrollado en el marco de una movilización social de proporciones notablemente superiores a las que conocieron en su época los países industriales y ocurrido

*/ Ver al respecto los trabajos recientes de Norberto García y Víctor Tokman, PREALC Santiago.

en un período de tiempo sustancialmente más breve. Esto implica que la demanda sobre el sector industrial -originada en la acelerada urbanización, en el estancamiento agrícola, en la rápida mutación de las características y calificaciones de la mano de obra, y en otros factores- ha sido mucho mayor que la capacidad de respuesta de este sector; en términos relativos, pues, la dinámica del crecimiento industrial ha sido escasa y ello se ha traducido en el desplazamiento de crecientes segmentos de la población activa hacia posiciones terciarias de baja productividad o hacia la desocupación abierta.

La evaluación de los procesos de movilización tiene pues tanta o mayor importancia para la comprensión del subdesarrollo latinoamericano que la constatación de los factores que inciden sobre la lentitud del crecimiento, en la medida que apuntan hacia las líneas principales del cambio social efectivamente acaecido en la región en las últimas décadas. En particular, para el análisis de la juventud, dos grandes procesos de cambio deben ser tenidos en cuenta: la urbanización y la extensión de la cobertura educativa.

El primer proceso es relativamente conocido: en los últimos 30 años, América Latina ha pasado de ser una región predominantemente rural a una en que segmentos muy significativos de la población habitan en centros urbanos de más de 20 000 habitantes. Entre 1950 y 1970 prácticamente todos los países conocieron un acelerado y masivo proceso de migraciones del campo a la ciudad, que llevó a la mayoría de ellos a alcanzar la proporción de población urbana que tenían al comienzo del período las sociedades de más temprana urbanización de América del Sur. Los ritmos del proceso de urbanización fueron, como es obvio, notablemente superiores en los países en que la proporción de población rural era mayor hacia 1950, llegando en 20 años a duplicar e incluso triplicar su proporción de población urbana. (Véase el cuadro 3.)

El segundo proceso ha sido el incremento impresionante de la cobertura del sistema educativo. En la mayor parte de los países de la región las tasas de asistencia escolar de la población joven se han duplicado e incluso triplicado en los últimos 20 años, y este fenómeno ha traspasado la frontera de las ciudades produciendo un acelerado crecimiento educativo también en las zonas rurales -las que, en algunos casos, han tendido incluso a estrechar la distancia educativa que mantenían sus jóvenes con los del medio urbano.

Cuadro 3

PROPORCION DE POBLACION EN CIUDADES DE MAS DE 20 000 HABITANTES
EN 19 PAISES DE AMERICA LATINA, 1950-1970

País	1950	1970	1970/1950
Honduras	6.8	20.2	3.0
República Dominicana	11.1	30.2	2.7
Perú	18.1	40.3	2.2
Nicaragua	15.2	31.0	2.0
Ecuador	17.8	35.3	2.0
Colombia	23.0	46.2	2.0
Brasil	20.3	39.5	1.9
Venezuela	31.0	59.4	1.9
Panamá	22.4	39.4	1.8
El Salvador	13.0	20.5	1.6
Costa Rica	17.7	27.0	1.5
México	23.6	35.2	1.5
Guatemala	11.2	16.1	1.4
Paraguay	15.2	21.5	1.4
Bolivia	19.4	27.2	1.4
Chile	42.6	60.6	1.4
Argentina	49.9	66.3	1.3
Cuba	36.1	43.4	1.2
Uruguay	53.1	64.7	1.2

Fuente: CEPAL, Anuario Estadístico de América Latina.

La educación no sólo se ha extendido en las últimas décadas, alcanzando hacia sectores que antes se veían marginados de ella, sino que también ha pasado a ocupar cada vez más años de la vida de los jóvenes debido al aumento en la retención del sistema escolar. Así, mientras hace 20 años atrás la situación característica para un joven latinoamericano era la de estudiar un período máximo de cuatro años en las zonas rurales o de seis en las urbanas, e incorporarse a la vida económicamente activa en el período de la adolescencia, hoy lo característico ha pasado a ser el completamiento de la enseñanza primaria en las zonas rurales y de la secundaria en las urbanas, postergándose en varios años el momento de incorporación a la fuerza laboral. Un primer efecto de la extensión y mayor retención del sistema escolar ha sido, así, una prolongación del período de vida "juvenil" para una proporción creciente de la población latinoamericana.

Una segunda consecuencia de importancia que ha traído consigo la extensión del sistema educativo ha sido el acrecentamiento de las distancias inter-generacionales. Particularmente en los países que han realizado su proceso de escolarización aceleradamente durante las últimas décadas, la brecha que se manifiesta entre los niveles de instrucción de padres e hijos contribuye a sobreponer un factor cultural de identificación de unas y otras generaciones que puede incluso desplazar en importancia a otros criterios sociales de identidad (del tipo clase, grupo étnico u otros) desde el punto de vista de la constitución de sujetos sociales colectivos.

La escolarización fue durante un largo período una reivindicación de los sectores medios y proletarios urbanos, que veían en la educación un canal de ascenso alternativo y más legítimo e inclusivo hacia las oposiciones sociales superiores que el que proveían las estrechas orientaciones estamentales de las oligarquías terratenientes. De algún modo se encarnó en ella, quizás más que en ninguna otra demanda de reforma social, la opción por un sistema que favoreciera el logro frente a la adscripción, el universalismo frente al particularismo, en definitiva, la igualdad formal de oportunidades frente al privilegio, característica de la demanda modernizadora.

El avance efectivamente alcanzado en esta materia en el conjunto de los países de la región en las últimas décadas se compara muy favorablemente con las situaciones de apropiación elitaria de las oportunidades educativas y culturales que, con escasas excepciones, prevalecían en ellos en los inicios de la segunda

Cuadro 4

TASAS BRUTAS DE MATRICULA PRIMARIA, SECUNDARIA Y SUPERIOR
EN ALGUNOS PAISES LATINOAMERICANOS, 1960-1970

	Primer grado <u>a/</u>		Segundo grado <u>b/</u>		Educación superior <u>c/</u>	
	1960	1980	1960	1980	1960	1980
Bolivia	56	84	10	36	4.2	9.8 <u>e/</u>
Colombia	74	133 <u>d/</u>	12	48 <u>d/</u>	1.8	10.9 <u>d/</u>
Costa Rica	93	107	20	48	4.8	24.3 <u>d/</u>
Chile	87	119 <u>d/</u>	23	55 <u>d/</u>	4.2	11.9 <u>d/</u>
Ecuador	78	110 <u>d/</u>	12	49 <u>d/</u>	2.5	34.8 <u>e/</u>
Guatemala	43	69	6	18	1.6	5.5 <u>e/</u>
Honduras	68	89 <u>d/</u>	7	26 <u>e/</u>	1.0	8.0 <u>e/</u>
México	77	121 <u>d/</u>	11	44 <u>d/</u>	2.6	11.6 <u>e/</u>
Panamá	90	116 <u>d/</u>	28	66 <u>d/</u>	4.6	20.4 <u>e/</u>
Uruguay	117	106 <u>d/</u>	37	60 <u>d/</u>	7.6	18.7 <u>f/</u>
Venezuela	101	104 <u>d/</u>	18	39 <u>d/</u>	4.4	20.1 <u>e/</u>

Fuente: CEPAL, Anuario Estadístico de América Latina.

a/ Límites para las edades legales de la población considerada en el denominador de la tasa bruta de matrícula: Bolivia, 6-13; Costa Rica, 6-11; Colombia, 6-10; Chile, 6-13; Ecuador, 6-11; Guatemala, 7-12; Honduras, 7-12; México, 6-11; Panamá, 6-11; Uruguay, 6-11; Venezuela, 7-12.

b/ Límites de edades consideradas: Bolivia, 14-17; Colombia, 11-16; Costa Rica, 12-16; Chile, 14-17; Ecuador, 12-17; Guatemala, 13-18; Honduras, 13-17; México, 12-17; Panamá, 12-17; Uruguay, 12-17; Venezuela, 13-18.

c/ Sobre total de población 20-24 años.

d/ 1979.

e/ 1978.

f/ 1977.

postguerra. Al mismo tiempo, sin embargo, esta estrecha asociación entre la demanda por educación y la disputa por el desplazamiento de la hegemonía política y social de las oligarquías tradicionales ha traído consigo un fenómeno de reflujo que se expresa en dos dimensiones: de una parte, en la medida que las posiciones sociales superiores son por definición escasas y que las capacidades de absorción de empleo de los sectores modernos de la economía urbana han mostrado ser muy insuficientes, tienden a crearse situaciones relativamente compartidas por grandes segmentos educados de frustración de expectativas, o percepciones de incongruencia de status, en la medida que el valor instrumental de la educación fue muchas veces ampliamente favorecido por sobre su valor intrínseco. De otra parte, muy a menudo los sistemas estamentales o clasistas de diferenciación han sobrevivido a la democratización de los sistemas educativos desarrollando una nítida estratificación de los establecimientos educacionales, que privilegia la educación privada frente a la pública, la impartida en establecimientos de la capital frente a los de provincias, y así sucesivamente.

A su vez, la escolarización de la sociedad implica también una presión hacia abajo, que se traduce en el creciente desplazamiento de las oportunidades ocupacionales de los sectores con niveles precarios de instrucción. Esto se manifiesta principalmente entre los jóvenes que han debido incorporarse tempranamente a la actividad económica, que luego se encuentran en condiciones desmedradas de competencia frente a demandantes de empleo con mayores niveles educativos.

Conviene pues enfocar a la educación no sólo en su dimensión democratizadora o modernizadora, como un proceso cuya extensión permitió en un momento remover trabas tradicionales a la movilidad social, sino también como creadora de nuevas formas de estratificación social que tienen particular impacto entre las generaciones jóvenes, así como sobre sus probables inserciones ocupacionales futuras.

A lo anterior es necesario agregar que, si el papel de la educación como criterio de movilidad, selección y estratificación social es relativamente claro en los sistemas burocráticos o altamente formalizados de posiciones, es una cuestión a investigar el papel que ella juega en los sistemas de posiciones "independientes" (ocupaciones empresariales o por cuenta propia). De hecho, como ha sido demostrado en algunos estudios clásicos de la sociología, la

/importancia creciente

importancia creciente de la educación formal y el desarrollo de estructuras burocráticas de producción, distribución y administración son procesos paralelos e interactivos. Las sociedades latinoamericanas, que presentan francos desfases entre los ritmos de desarrollo de sus sistemas educativos por una parte, y de constitución de estructuras de roles racionalmente formalizadas de acuerdo al modelo burocrático por otra, representan un desafío a la investigación sociológica que debe ser encarado. El estudio de un sector social como la juventud es, por otra parte, quizás el marco más adecuado para ello, en la medida que es en este sector de la sociedad que se expresan con mayor agudeza tanto los fenómenos de insuficiencia del empleo formal como de acelerada promoción escolar.

3. Familia

El estudio de la constitución y características de las familias reviste gran importancia en el análisis del comportamiento y orientaciones de los jóvenes. Usualmente esta importancia radica en el examen de la capacidad socializadora de la familia, vale decir, de su eficacia como mecanismo de integración social y cultural. Como se sabe, las sociologías de la modernización estudiaron esquemáticamente las variaciones en las estructuras familiares según un enfoque dualista que consideraba un punto de partida -la familia tradicional- y uno de llegada -la familia urbano-moderna. La familia tradicional se caracterizaba por una alta potencialidad demográfica, relaciones internas autoritarias centradas en la figura del padre y familias numerosas que incluían tres generaciones. El proceso de urbanización provocaba, no obstante, la nuclearización de las familias, la reducción de las tasas de fecundidad y el control de los nacimientos y una alteración en la distribución de roles familiares en beneficio de la igualdad de los miembros. Tales eran, por ejemplo, las conclusiones de Germani sobre el proceso de reorganización familiar entre grupos inmigrantes del Gran Buenos Aires. "En particular, se ha observado una rápida transición hacia matrimonios constituidos regularmente (en lugar de uniones libres), descendiente proporción de familias desorganizadas, creciente percepción y conciencia del problema de la limitación de los nacimientos (práctica que resultó ser adoptada por la totalidad de los nativos), reducción en el tamaño de la familia, cambios en las relaciones interpersonales dentro de la familia, núcleos con creciente comunicación entre cónyuges, clima más democrático, mayor participación del esposo en las

/actividades familiares

actividades familiares, mayor responsabilidad y regularidad en el comportamiento económico". El desplazamiento del padrón tradicional (provocado por la crisis de las estructuras latifundistas y las migraciones) era resuelto por la constitución de la familia nuclear monogámica que describe Germani, con el clásico optimismo desarrollista de la época.

No obstante, la crisis del modelo urbano-industrial de familia se ha registrado por doquier, especialmente en los estratos urbanos bajos. R. Parra refiriéndose al caso colombiano la ha descrito de la siguiente manera: "se produjo un fenómeno de fragmentación intensa de los modelos familiares sin que se lograra consolidar el modelo que irradiaba de una sociedad urbano-industrial, pero logrando eso sí desestructurar los modelos existentes".*/ Los índices básicos de desorganización social de la familia urbana marginal apuntan en variadas direcciones.

En primer lugar, se constata la interrupción o regresión en los procesos de nuclearización por obra, ya de déficit acumulados y crecientes en la disponibilidad de viviendas o por efecto de la crisis y estancamiento económico que impiden contar con ingresos suficientes para constituir hogares propios. La recomposición de familias extensas en las ciudades ha sido un fenómeno claramente detectado en las poblaciones marginales de Santiago de Chile. La yuxtaposición de hogares se produce sobre todo en la línea vertical, vale decir, hijos casados que se allegan en casa de sus padres o suegros. En una encuesta realizada en la capital chilena se descubrió recientemente que el 60% de los jóvenes casados viven de esta manera. La marginalidad habitacional en este caso se ha tornado muy aguda principalmente por el descenso sostenido en la construcción estatal de vivienda. Pero el fenómeno de los "allegados" también sobreviene como resultado de condiciones económicas adversas que incrementan el desempleo y reducen las posibilidades de trabajo asalariado entre los jóvenes: éstos carecen generalmente de los recursos para establecerse independientemente. El restablecimiento de familias extensas se verifica aquí en condiciones extremadamente precarias: no se produce como compensación frente a los desequilibrios que provoca la cesantía o la falta del jefe de hogar, sino antes que nada por la imposibilidad de segregar hogares ante los déficit económicos y habitacionales que existen. Esta situación repercute gravemente sobre el equilibrio familiar: el trastorno más evidente es el incremento de los niveles de hacinamiento (y

*/ Rodrigo Parra, Juventud y sociedad en Colombia, CEPAL Santiago, abril de 1984 (E/CEPAL/R.334).

conflictos) familiares y la expulsión de los jóvenes hacia las calles como hábitat social. Pero también se registran problemas entre los jóvenes casados obligados a vivir con sus parientes (especialmente la destrucción de la privacidad) y se resienten las expectativas generales respecto del matrimonio (se retrasa la edad de casamiento y/o prolifera el matrimonio forzado por embarazo prematuro) y de la fecundidad (se reduce drásticamente el tamaño de la familia deseada).

Un segundo problema es el quiebre en la división tradicional del trabajo al interior de la familia, ya por efecto de situaciones de cesantía prolongada de los jefes de hogar, ya por la creciente incorporación de mujeres en los mercados de trabajo. En términos generales, la necesidad de diversificar la obtención y búsqueda de ingresos en las familias populares es un hecho verificado en distintos países de la región. El origen de esta necesidad suelen ser las dificultades de empleo de los padres jefes de hogar, en cuya primacía productiva descansaba, por lo demás, una parte importante de su autoridad dentro de la familia. En efecto, la crisis de la figura paterna (que otrora provenía sobre todo de las distancias educativas que separaban a padres e hijos) se intensifica en estas condiciones, especialmente cuando redunda en alcoholismo, abandono del hogar o apatía laboral, conductas que se han asociado muchas veces al desempleo paterno. La incorporación de las madres al trabajo (e incluso el aumento de las madres jefes de hogar en los estratos bajos, como ha sido mostrado por Parra en Colombia) es un fenómeno concomitante con el anterior. En este terreno, se ha observado que la intensidad horaria del trabajo femenino ha aumentado en el último tiempo (aunque siempre se encuentra en promedio por debajo del de los hombres), que las labores se realizan crecientemente fuera de la casa y que continúan pesando graves discriminaciones contra el trabajo de las mujeres. Además, la necesidad de aportar ingresos al hogar en el caso de las madres resta tiempo para la atención de los hijos: función que muchas veces se delega en manos de hijas menores que a su vez desertan de la escuela para cumplir las tareas domésticas. El trabajo femenino en los estratos bajos es singularmente adverso: implica escasa realización personal y frecuente frustración en el cumplimiento del rol materno. Las bases de integración funcional de la familia tradicional se han visto sin duda resquebrajadas, pero en condiciones tales que amenazan y reducen las capacidades de integración y socialización de la familia urbana marginal.

/Todos estos

Todos estos problemas inciden sobre el aumento de las separaciones y, por lo tanto, el quiebre del patrón de familia nuclear completa que caracteriza el modelo urbano-industrial. Según parece, el índice de separaciones y uniones libres ha aumentado constantemente en el último decenio y la fragmentación de las familias se transforma en un fenómeno frecuente en los estratos bajos. Sin duda, la presencia de familias incompletas (sobre todo cuando se producen por efecto de separación de los padres) repercute otra vez sobre la cohesión y eficacia cultural de la familia. Se ha establecido suficientemente que los hogares incompletos predominan en el estrato marginal y, específicamente, entre la población no obrera de las grandes ciudades. El hogar obrero tiende, en cambio, a estar mejor constituido. La marginalidad ocupacional alienta efectivamente la inestabilidad de los matrimonios y las uniones libres de corta duración y deterioran con ello las bases de integración social y afectiva de la familia. También se ha establecido la relación que tales procesos de descomposición familiar presentan con respecto a fenómenos como delincuencia y abuso de drogas.

Estudios realizados en Colombia descubren que "las familias completas muestran una menor incidencia de delincuencia entre los hijos, las familias en que el jefe de hogar es mujer muestran mayores frecuencias de actividad delictiva en los hijos". En Chile, los jóvenes que provenían de familias incompletas presentaban mayores índices de anomia subjetiva. La experiencia del desarraigo familiar es más frecuente e intensa en estos casos, así como la predisposición de estos jóvenes a vincularse a grupos de esquina y pandillas.

Los índices de desintegración familiar que hemos presentado (recomposición forzada de la familia extensa, alteración en la distribución de roles familiares, fragmentación de las familias, etc.) son a la vez expresión de la crisis de los modelos tradicionales (singularmente de la crisis del autoritarismo paterno en que éstos descansaban) y de la imposibilidad de constituir las bases de la llamada familia urbano-moderna. Los procesos de urbanización no han restituido, pues, los equilibrios familiares como preveía por ejemplo Germani, sino en ocasiones han profundizado la desorganización familiar.

Es interesante señalar, sin embargo, la existencia de múltiples mecanismos neutralizadores de esta crisis familiar en los estratos bajos. En primer lugar, resalta la formación de grupos de pares, pandillas o galladas, muchas veces vinculadas a las drogas y la delincuencia, que no obstante restituyen los

/sentimientos de

sentimientos de pertenencia que la familia no brinda. El tipo de socialización que se produce en estos grupos ha sido descrito clásicamente según el padrón de la "sociedad de las esquinas" (street-corner society).

En Colombia se ha examinado la organización de los barrios populares en "clanes" familiares, vale decir, "cadenas de familiares hasta de tercer grado y de más de dos generaciones que vivían en hogares separados físicamente". Tal organización barrial se funda en la endogamia de barrio y el compadrazgo de clan "cuyo sistema de ayuda familiar se convierte en un eficaz mecanismo de redistribución del ingreso y de búsqueda de empleo". En este género de organización cae también la recomposición de familias extensas (ya sea con parientes o no parientes) cuando no se produce forzosamente como hemos visto más arriba. En Chile, los mecanismos de compensación y neutralización de la crisis familiar han sido asumidos principalmente a través de la red de organizaciones comunitarias de la Iglesia Católica en los barrios populares. Ollas comunes, comedores infantiles, colonias urbanas, etc. constituyen aquí mecanismos eficaces y relativamente generalizados de ayuda mutua, educación y acción comunal. El efecto de este tipo de redes dista de ser únicamente la organización de la sobrevivencia popular en períodos de crisis; también ejercen funciones de educación, rehabilitación, y organización comunitaria de enormes proyecciones y permanencia en el tiempo. La acción de la Iglesia se presenta en muchos lugares no sólo como respuesta frente a la desorganización familiar (y en términos generales frente al crecimiento de la marginalidad urbana no atendida por el Estado), sino también ante el fracaso de la escuela como mecanismo de socialización comunitario. El autoritarismo y formalismo de las relaciones escolares (excluyendo probablemente aquellas que prevalecen en los jardines infantiles) no permiten una respuesta adecuada frente al deterioro familiar.

El estudio del tema de la familia admite varias dificultades metodológicas. Usualmente se trata de determinar la composición y estructura de las familias. No obstante, la primera dificultad consiste en separar y operativizar los conceptos de familia y hogar. La familia se define en virtud de los lazos de parentesco que surgen del proceso de reproducción. "Para fines censales. Las Naciones Unidas han definido la familia como el conjunto de miembros del hogar que están emparentados entre sí hasta cierto grado, por sangre, adopción o matrimonio".*/ El grado de parentesco utilizado para determinar el límite

*/ Centro Latinoamericano de Demografía, "La familia como unidad de estudio demográfico", San José, Costa Rica, 1976.

de la familia depende de circunstancias que no se pueden precisar de antemano. El concepto de hogar, por su parte, admite dos acepciones: hogar como unidad doméstica que "exige, en primer lugar que las personas que la forman ocupen la totalidad o una parte de una vivienda, y en segundo lugar que compartan las comidas principales y atiendan en común las necesidades básicas"; y el hogar-vivienda "que no exige que sus miembros compartan las comidas ni tengan un presupuesto común, pues descansa únicamente en el hecho de que se comparta la vivienda".*/ La definición censal de hogar como unidad doméstica es la más socorrida en el último tiempo, pues permite un análisis más preciso de la familia como unidad de mantenimiento cotidiano y reproducción social. En países, no obstante, donde abundan los allegados urbanos que no comparten los gastos de manutención dentro del hogar, pero cohabitan en una sola vivienda (o terreno), se producen inconvenientes adicionales.

En estos casos las relaciones entre ambas unidades domésticas suelen ser muy fluidas y es difícil establecer el límite entre una y otra. En ocasiones, aunque no se comparta un presupuesto común, se comparte el uso de la cocina, los servicios higiénicos, se colabora en la atención de los niños, etc. La presencia de unidades domésticas corresidentes (sobre todo cuando están ligadas por relaciones de parentesco) debe ser rigurosamente detectada.

Por otra parte, las relaciones entre la unidad doméstica y la familia no son siempre equivalentes. Desde luego, la familia es la base de reclutamiento de las unidades domésticas y estas están compuestas mayoritariamente por miembros emparentados entre sí. Sin embargo, a menudo se ocupa el concepto de "familia de interacción" o redes de parentescos que abarcan varios hogares, unidos entre sí a través de relaciones de cooperación y ayuda mutua. La familia negra norteamericana, por ejemplo, ha sido estudiada tomando como unidad la "red doméstica" antes que el hogar, esto es, incluyendo la red extensa de parentesco dispersa en varias unidades domésticas. También es el caso de los "clanes familiares" mencionados por Parra en Colombia o de la familia mapuche en Chile, donde las relaciones entre migrantes y no migrantes son claves para describir la organización social de la familia como unidad de reproducción social y cultural.

La descripción de la unidad doméstica en el sentido definido por los censos no constituye pues la única alternativa posible. De acuerdo a la naturaleza y objetivos del estudio la unidad de análisis puede ser el hogar como unidad

*/ Ibid. /residencial o

residencial o incluso la red extensa de parentescos dispersa en varios hogares. En áreas de marginalidad urbana, cuando las equivalencias entre familia, unidad doméstica y unidad de residencia no son frecuentes, estas precisiones conceptuales deben tenerse presente.

La descripción de las familias o de los hogares considera normalmente tres aspectos: tamaño, composición y estructura. El tamaño de las unidades domésticas permite detectar problemas relativos a la densidad familiar. La medida más importante aquí se refiere a los niveles de hacinamiento: medida clásica para estimar condiciones de marginalidad habitacional. Las tasas de hacinamiento se obtienen mediante cruces entre tamaño y espacios de habitación (superficie construída, número de dormitorios, piezas o camas). La composición de las familias, por su parte, generalmente se circunscribe a su descripción por sexo y edad: con este dato es posible obtener las tasas de dependencia demográfica (la proporción de miembros en edad de trabajar sobre la población total) y otras medidas conexas (índices de masculinidad, número de adultos por hogar, etc.). Estas medidas demográficas son muy comunes y no presentan mayores inconvenientes.

El dato más complejo se refiere a la estructura de los hogares. Aquí las prácticas censales suelen distinguir, al menos cuatro tipos de hogares: a) hogares unipersonales, compuestos por una persona que vive sola en una vivienda o en parte de una vivienda, sin compartir comidas ni tener presupuesto común con los restantes miembros; b) hogares nucleares, que se componen de los padres con o sin hijos solteros, o uno de ellos con al menos un hijo soltero; c) hogares extendidos, formados por una familia nuclear más algún otro pariente que no sea hijo soltero, y d) hogares compuestos (a veces llamados mixtos) que comprenden a la familia nuclear o extensa más otra u otras personas no emparentadas con el jefe de hogar. Los analistas aceptan algunas veces clasificar como familias nucleares aun aquellas que incorporan otro pariente (servidoras domésticas) o allegados ocasionales que no modifican la nuclearidad de la familia. También se usan criterios más restrictivos para decidir sobre la existencia de familias extensas o para distinguir entre ellas. Entre estos criterios se cuenta la presencia de matrimonios adicionales a la pareja base, ya sea en la línea vertical (generalmente hijos casados dentro del hogar de sus padres) o colaterales (hermanos o cuñados del jefe del hogar). También se ocupa como criterio de familia extensa la presencia de tres o más generaciones dentro del hogar (que

en muchos casos no se superpone con el criterio anterior: por ejemplo, padres que reciben a sus hijas solteras o separadas con su descendencia). Como es obvio para describir estos tipos se requiere determinar las relaciones de parentesco que poseen los distintos miembros del hogar, ya sea con respecto al joven entrevistado o -como se usa en los censos- con respecto al jefe de hogar. La definición del jefe de hogar es también dificultosa: es común guiarse aquí por la definición de las Naciones Unidas para fines censales que señala que "el jefe de hogar es la persona que, en un hogar particular, se reconoce como tal por los demás miembros de la familia". El criterio estadístico que se ocupa también, considera jefe de hogar a la persona sobre la que recae la responsabilidad principal en el mantenimiento del hogar. En áreas de marginalidad urbana es muy usual que ambos criterios no sean equivalentes: el padre considerado jefe de hogar no es el que aporta el principal ingreso.

Un segundo componente estructural de las familias se refiere a su carácter completo o incompleto. El hogar completo incluye cualquier combinación en que aparecen el jefe y su cónyuge; el hogar incompleto incluye aquellas en que falta el cónyuge: por viudez, separación, abandono de hogar u otra causa. La calidad de la unión de los cónyuges es en este caso indiferente (legal o consensual). En este plano se suele abundar a través de la noción de familia fragmentada que es una forma particular de familia incompleta, donde los hijos se reparten entre el padre y la madre o viven simplemente separados en dos unidades familiares. Por lo tanto, se puede distinguir entre familia incompleta fragmentada y no fragmentada.

Como se ha dicho, las condiciones de la vida urbana moderna promueven la nuclearización de los hogares, ya sea por exigencias de movilidad social, por características propias de la construcción urbana basada en unidades habitacionales pequeñas, por traspaso de ciertas funciones de la familia a otras instituciones o por la creciente asalarización del trabajo en las ciudades. Al mismo tiempo, el mejoramiento de las condiciones sanitarias y su impacto sobre el aumento de la esperanza de vida de la población, inciden también hacia la constitución de familias completas. Los registros censales han comprobado efectivamente esta asociación entre urbanización y nuclearización de la familia en América Latina.

Muchas investigaciones recientes, sin embargo, han introducido mayor complejidad en esta materia de estudio. La constitución de familias nucleares

/depende de

depende de muchos factores tanto demográficos, como sociales y culturales. Entre los factores demográficos cabe mencionar las relaciones que se han establecido entre la edad y sexo de los jefes de hogar y la frecuencia con que aparecen vínculos extendidos. Por una parte, se ha descubierto una relación curvilínea entre la composición de las familias y el ciclo vital de las familias, que sigue esquemáticamente dicho la secuencia nuclear-extensa-nuclear, siendo extensa cuando la familia llega a la madurez reproductiva. Por otra, se ha detectado mayor frecuencia de familias no nucleares cuando los jefes de hogar son mujeres y/o cuando se trata de familias incompletas. En áreas de marginalidad urbana, la familia extensa se constituye frecuentemente como un modo de compensar la ausencia del jefe de hogar (generalmente el hombre adulto). Esta es la razón por la cual se asocia la familia extensa incompleta con condiciones de marginalidad y desintegración familiar.

Entre los factores económicos y sociales se menciona como causales de desnuclearización de los hogares la situación en los mercados de trabajo y las políticas de bienestar social. La familia nuclear predomina en unidades domésticas basadas en el trabajo asalariado de sus miembros. En aquellas familias, en cambio, donde prevalece el trabajo ocasional y también, cuando la familia se constituye en unidad productiva, la reaparición de vínculos extendidos es muy frecuente. Jelin ha distinguido precisamente estas tres situaciones: "idealmente, la familia nuclear es la constituyente de la unidad doméstica obrera, debiendo ser autónoma y autosuficiente en cuanto a los recursos necesarios para su mantenimiento y reproducción ... En contraposición con la estabilidad de la familia obrera, un segundo tipo de organización doméstica urbana -en la cual la familia obrera puede caer temporaria o definitivamente- es la de los sectores con una inserción inestable en el mercado de trabajo. En este caso, el ingreso monetario ligado a la venta de fuerza de trabajo no existe o resulta insuficiente para el mantenimiento y reproducción de la unidad, con lo cual esta pierde su autonomía y autosuficiencia". A menudo esto conlleva una alta inestabilidad en la composición de los hogares y una apelación constante a las redes de relaciones informales (vecinales, locales), redes extensas de parentesco y mecanismos de bienestar social. Las alteraciones en la composición de los hogares, que se producen sobre todo en situaciones de crisis generalizada del empleo industrial como la que se atraviesa actualmente en muchos países de la región, son múltiples

matrimonios jóvenes incapaces de lograr independencia del hogar paterno y obligados a ayudar en su manutención, allegamiento de familiares (generalmente niños) en casa de parientes con una situación más holgada, fragmentación de las familias por migración o separación de hogares, etc. Por último, un tercer tipo de unidad doméstica en los estratos populares es la empresa familiar basada en el trabajo de los miembros (talleres artesanales, pequeño comercio en la propia vivienda, etc.). También aquí los lazos intrafamiliares basados en la disposición de un patrimonio común predisponen hacia la constitución de familias no nucleares. Desde luego, estos tres tipos no se distinguen solamente por las características estructurales de la familia, sino también por pautas diferentes en la distribución de roles y estructura de autoridad dentro de la unidad doméstica.

Otros factores de desnuclearización son, sin duda, las políticas sociales, especialmente la disponibilidad de vivienda. Como hemos dicho antes, el caso chileno es aquel que combina crisis industrial sostenida (y reducción en las oportunidades de trabajo asalariado) con una aguda limitación en el acceso a la vivienda en los estratos populares. En este caso, la desnuclearización de los hogares proviene de la incapacidad de la población joven de constituir hogares autónomos, y por lo tanto la obligación de allegarse en casa de los padres. También se han mencionado otros aspectos de las políticas sociales que inciden en la composición de los hogares, por ejemplo, la atención de las personas que no son autosuficientes (ancianos). Como en el caso de la vivienda, la privatización de los servicios sociales obliga a las unidades domésticas a hacerse cargo y resolver un conjunto de necesidades que otrora eran asumidas por el Estado. La evolución de las políticas sociales tiene en este sentido un impacto ineludible sobre la composición de los hogares.

El estudio de la composición estructural de las familias admite, pues, una complejidad mayor de la que comúnmente se admite en las lecturas censales. Las encuestas pueden indagar esta complejidad con mayor precisión y rigor. Esta ventaja debe ser aprovechada. La descripción, sin embargo, de las distintas formas de organización de la unidad doméstica en el cumplimiento de las tareas de manutención y reproducción familiar no permite un análisis acabado de la familia como mecanismo de cohesión social y socialización cultural. Es cierto que la hipótesis acerca de la desintegración familiar está asociada a determinados rasgos estructurales: existe mayor desintegración en familias incompletas

/o fragmentadas,

o fragmentadas, también donde predominan vínculos extendidos contruidos forzosamente, o donde la densidad familiar es muy alta (hacinamiento). Estas hipótesis, sin embargo, suelen pecar de estructuralismo, y en ocasiones expresan la ideología de la familia nuclear como familia moderna integrada. Es aconsejable elaborar algunas medidas independientes acerca del tema de la integración familiar, antes que deducirla esquemáticamente.

E. GUIA PARA UNA ENCUESTA

En esta parte se busca enlistar un conjunto -no necesariamente exhaustivo- de variables que habitualmente contemplan las encuestas de este tipo, con el fin de ayudar a la confección de cuestionarios. Estos suelen comenzar por los aspectos demográficos más comunes: edad (V1), sexo (V2) y estado civil (V3). Usualmente se investiga también la edad de matrimonio (V4), legal o consensual, y el número de hijos (V5), cualquiera sea el estado civil de los jóvenes. En un análisis más exhaustivo se puede profundizar acerca de las razones o factores que impulsan hacia el matrimonio, especialmente hacia el matrimonio precoz: entre estas, se debe mencionar la importancia del embarazo prematuro en la constitución de parejas jóvenes y el deseo de independencia del hogar paterno, que suele abundar entre las mujeres que provienen de hogares altamente desintegrados. Algunos de estos factores (entre los que habría que agregar el tiempo de conocimiento previo de las parejas y otros aspectos vinculados a las condiciones de vida) suelen ser usados como predictores de la estabilidad matrimonial. También en este terreno se indaga acerca de actitudes hacia la fecundidad (que incluyen el tamaño de la familia deseada, las predisposiciones y uso de métodos de control natal, la frecuencia y actitudes hacia el aborto, etc.). La edad, las condiciones de acceso y las actitudes hacia el matrimonio forman un capítulo importante en la investigación acerca de los jóvenes, puesto que el matrimonio es uno de los hitos de ingreso a la edad adulta.

Otro factor demográfico también habitualmente considerado se refiere a la migración: se explora aquí la condición de migrantes de los jóvenes y de sus padres (V6), el lugar de origen de los migrantes (V7), el tiempo de migración (V8) y el carácter de la migración (V9) que contempla el carácter familiar o individual de aquella, su origen económico o educacional, etc. Es común encontrar

/que la

que la proporción de jóvenes migrantes en las capitales metropolitanas no sea, como otrora, especialmente significativa, de manera que la condición de migración no se presenta como un diferencial de importancia. El estatuto de residentes urbanos de larga data se ha convertido en un fenómeno generalizado entre los jóvenes. En algunos países, no obstante, los flujos migratorios siguen siendo elevados y la condición migracional determina diferencias significativas en las oportunidades escolares, la inserción ocupacional, la composición de los hogares, etc. Los conocidos trabajos de Desal pueden ser una guía para profundizar en este terreno.

Dentro de las consideraciones demográficas también resulta indispensable el examen de las estructuras de las familias y los hogares. Como es obvio, la descripción de los hogares no siempre coincide con la caracterización de la familia. Conviene por ello obtener por separado la información acerca de los padres (edad (V10), estado civil (V11), escolaridad (V12) y actividad (V13)), antes de delimitar la estructura de los hogares. Conviene recordar que todos los diferenciales intergeneracionales se obtienen de la comparación entre los padres y los jóvenes encuestados. En el análisis de los hogares, por su parte, conviene comenzar identificando la unidad de residencia de los jóvenes (V14) (vive con sus padres, independiente, incorporado en casa de otros parientes o no parientes, etc.). Enseguida, es preciso estudiar las características de los hogares, ya como unidad doméstica o de vivienda: el método convencional consiste en establecer el tamaño del hogar (V15), o sea, el número de personas que lo componen y las relaciones de parentesco que los miembros tienen entre sí (V16). Con esta última información se pueden definir los tipos de hogares (unipersonales, nucleares, extensos, compuestos y sus respectivas diferenciaciones). Cuando se ocupa como criterio el hogar como unidad doméstica (que operativamente incluye sólo aquellos que cocinan juntos) es necesario advertir la existencia de algún otro hogar en la misma unidad de residencia (V17), vale decir, la presencia de allegados netos como se ha explicado en páginas anteriores. La descripción de los hogares contempla también la edad (V18) y sexo (V19) de sus miembros; y, desde luego, tal descripción puede completarse con información no demográfica como niveles de escolaridad (V20) y tipo de actividad (V21) que registran.

En esta identificación de los hogares se incorporan también algunas características de la vivienda, entre las cuales destaca el examen de la situación

/habitacional (V22),

habitacional (V22), es decir, la calidad de propietarios, arrendatarios o allegados, ocupantes legales o ilegales del espacio, etc. de los moradores, la calidad de la vivienda (V23) que incluye el tipo de material de construcción, el estado de la vivienda, etc., el volumen de espacios habitables (V24) (superficie construida, número de camas, piezas o dormitorios), la calidad del equipamiento urbano (V25) (disposición de agua potable, luz eléctrica, sistemas de eliminación de excretas) y del equipamiento del hogar (V26) (que incluye electrodomésticos, cocina, calefacción, etc.). Todas estas variables, o una combinación de aquellas, se usan como indicadores de situaciones de marginalidad social y/o para diferenciar estratos dentro de las periferias urbanas.

La dimensión educacional es obviamente otra medida indispensable que es necesario obtener. La investigación se concentra aquí sobre varios ítem: el nivel de escolaridad de los jóvenes (V27), es decir, el último curso aprobado o el nivel que cursa en el caso de los que aún permanecen en la escuela; el tipo de establecimiento (V28) en que hizo o realiza sus estudios, y algunas medidas del rendimiento escolar (V29) de los jóvenes (repetencia, asistencia escolar, calificaciones). En ocasiones se presentan dificultades para estimar las situaciones de tránsito entre educación y trabajo. Muchas veces, la deserción escolar se presenta como un proceso relativamente fluido en que se combina trabajo y estudio en forma simultánea o intermitente.

Es útil estudiar también el tipo de deserción escolar (V30), que sin duda tienen un origen económico en la mayor parte de los casos, pero éstos admiten diferencias (desertores por cesantía del padre, por falta del jefe de hogar, por necesidad de cooperar en las tareas domésticas, por bajo rendimiento, etc.).

El nivel de escolaridad será un dato clave para estimar la magnitud de la movilidad intergeneracional (la distancia educativa entre padres e hijos), así como para estudiar el grado de diferenciación educativa entre una cohorte de jóvenes de igual rango de edades. Estos procesos de movilidad y diferenciación debieran ser estudiados minuciosamente, estableciendo las múltiples determinantes que inciden sobre los diferentes grados de promoción escolar.

Dentro de las materias educacionales se incluye también alguna estimación acerca del nivel de satisfacción educacional (V31) y de las aspiraciones educativas (V32) que poseen los jóvenes. Tales medidas son eventualmente indicadores de frustración o conformidad social, que provienen ya de la distancia entre

/aspiraciones y

aspiraciones y nivel efectivamente alcanzado o simplemente en razón del nivel de escolaridad que logró obtenerse. Usualmente la conformidad educativa es directamente proporcional al número de cursos aprobados, y se encuentra mayor frustración entre los desertores más precoces. No obstante, también puede ocurrir lo contrario: la insatisfacción escolar puede concentrarse entre los jóvenes con mayor educación relativa. La conformidad educativa puede analizarse también en relación con la inserción ocupacional de los jóvenes. Entre los que aún asisten a la escuela el ítem satisfacción escolar (V31) puede transformarse en alguna medida acerca de las expectativas de logro educativo y/o de confianza en la educación como vehículo de movilidad social.

El análisis ocupacional debe obtener una atención preferente. La descripción de las ocupaciones actuales y/o pasadas de los jóvenes debe registrarse prolijamente considerando los siguientes ítem: el tipo de ocupación de que se trata (V33), el tiempo en la ocupación (V34), el carácter permanente u ocasional del empleo (V35), el tamaño del establecimiento en que trabaja (V36) y el tipo de relación contractual (V37) cuando se trata de empleos asalariados, el horario de trabajo (V38), el carácter establecido o no de la ocupación (V39) cuando se trata de empleos por cuenta propia, el monto de los ingresos percibidos (V40), etc. Desde luego, es siempre pertinente clasificar las ocupaciones de acuerdo a los criterios convencionales: rama de actividad económica (V41), categoría ocupacional (V42) y grupo de ocupación (ibid. V33). En el caso de los cesantes es imprescindible clasificar la ocupación anterior según los mismos descriptores anteriores. Los jóvenes que buscan trabajo por vez primera, en cambio, sólo pueden ser descritos con arreglo a variables no ocupacionales (edad, nivel de escolaridad, etc.). La ventaja de una descripción acuciosa de las ocupaciones consiste en que permite construir agregados teóricamente significativos (clase social, empleo formal e informal, etc.) y representativos de situaciones sociales homogéneas y compartidas.

El análisis de las posiciones laborales de los jóvenes puede limitarse a la situación actual o incluir también la descripción de trayectorias laborales (V43). El examen de los procesos de movilidad ocupacional, habitualmente arduos y complejos, permite identificar el tipo de carreras laborales de los jóvenes (ascendentes o descendentes, estables o inestables) y determinar la influencia de los ciclos económicos, la edad, la escolaridad u otros factores en la explicación de estas carreras.

La investigación sobre trayectorias laborales resuelve dos temas claves en el análisis de la marginalidad ocupacional de los jóvenes: por una parte, permite identificar la magnitud de la inestabilidad ocupacional que les afecta (lo que constituye uno de los índices básicos de precariedad laboral), y por otra, hace posible evaluar el impacto de la crisis recesiva sobre los jóvenes y la magnitud del bloqueo de las oportunidades de movilidad social. Asimismo, el carácter de los procesos de movilidad puede ser relacionado con percepciones y actitudes hacia el sistema social (inconformidad, frustración, anomia, etc.).

El análisis ocupacional admite también el examen de la posición y papel que juegan los jóvenes dentro de la subsistencia y reproducción familiar. En páginas anteriores, hemos mencionado distintos tipos de hogares en cuanto unidades económicas (unidades fundadas en el trabajo asalariado del jefe de hogar, empresas familiares, unidades basadas en ingresos inestables de diversos miembros, etc.). Resulta importante, pues, determinar la composición y origen de los ingresos familiares (ibid. V21) y la magnitud e importancia del ingreso de los jóvenes en la economía familiar (V44). En definitiva, se trata de establecer el carácter de la participación económica de los jóvenes dentro de sus hogares.

Otra sección de la encuesta debe dedicarse al estudio de la participación social entre los jóvenes (V45). Nos referimos principalmente a la participación en organizaciones formales e informales que dan cuenta de los jóvenes en cuanto actores sociales. En este caso se trata de estimar la pertenencia e intensidad de la participación en organizaciones políticas, corporativas (sindicatos, organizaciones barriales), religiosas, culturales, recreativas, vecinales, escolares, etc. La magnitud de la sindicalización resulta una medida indispensable, pues define el grado de inclusión de los jóvenes dentro del movimiento obrero organizado, y con ello, su proximidad o distancia con respecto a la cultura obrera. Es sabido, sin embargo, que las tasas de sindicalización entre los jóvenes son bajas, dadas las dificultades de acceso a empleos establecidos y la precariedad de las organizaciones corporativas en el sector informal de la economía. La demanda corporativa suele ser más generalizada, en cambio, en las organizaciones poblacionales o barriales que se constituyen en torno a las necesidades de vivienda y equipamiento urbano. En el caso de la participación política, allí donde las condiciones permitan indagar sobre este asunto, debe estimarse no solamente la militancia formal en partidos y organizaciones, sino también algunos

/aspectos de

aspectos de la participación electoral (V46) cuando sea el caso y de las representaciones políticas de los jóvenes (V47) que muchas veces, por lo demás, se pueden obtener por medios indirectos (símbolos, personajes, temas de opinión). Debe advertirse, por último, la importancia de la participación religiosa en las juventudes de algunos países de la región, que la convierte eventualmente en un tema que puede examinarse con mayor detención. La participación en grupos y organizaciones llamadas culturales reviste casi siempre un carácter más informal y es de más difícil detección. También aquí, es posible ampliar el estudio hacia las representaciones generales de los jóvenes frente a ciertas corrientes culturales (principalmente en el terreno de la música) y la magnitud de la influencia y atracción frente a la cultura institucionalizada (medios de comunicación, etc.). En ambos casos se trata, como se ha dicho, de la medición de gustos (V48) habitualmente expresivos de actitudes muy diferentes hacia el sistema social. En situaciones de alta segmentación cultural, como las que existen por doquier en nuestros países, las diferencias entre aquellos que gustan de uno u otro tipo de música, por ejemplo, suelen ser muy significativas. La medición de gustos asociada a la música, por otra parte, no es casual: aquella es la forma predominante y masiva de consumo cultural de los jóvenes, vale decir, un campo en que la apropiación elitaria se reduce al máximo, y por tanto, donde el sesgo del desconocimiento no opera.

Por último, la encuesta debe incluir una sección dedicada a la medición de actitudes, que, como hemos visto, son la vía que permite acercarse a conceptos vinculados a las dimensiones integración (V49), anomia (V50) y alternatividad (V51) para las cuales deben construirse escalas e índices especiales. Del mismo modo se debe proceder para construir índices que permitan relacionar tales variables con otras dimensiones sintéticas de carácter político o cultural (del tipo autoritarismo, agresividad, frustración, conservadurismo, etc.).

Parece innecesario señalar que la calidad del cuestionario es sólo uno de los aspectos decisivos en una investigación por encuestas sobre juventud popular urbana en América Latina. Desde luego el cumplimiento riguroso de las normas técnicas del muestreo es indispensable y, afortunadamente, la segregación espacial de la marginalidad característica de nuestras grandes ciudades permite acercarse muy razonablemente a los grados óptimos de representatividad de las muestras.

Otro aspecto de gran importancia es la selección de los encuestadores: en la medida que estamos tratando con un sector social cuyas opiniones explícitas frente a temas precisos no son a veces tan importantes como la actitud general del encuestado frente a la sociedad (o alguna de sus dimensiones fundamentales), las apreciaciones de un buen encuestador sobre cada encuestado son un dato a veces tan determinante como las respuestas al cuestionario mismo; y un buen encuestador es, ciertamente, aquel capaz de ganar la confianza del encuestado, sin sesgar sus respuestas, y de prolongar la comunicación más allá de la entrevista formal.

Un tercer aspecto crucial es una rigurosa descripción del contexto (físico, social, histórico) de la sociedad, la ciudad, el sector social, la localidad o barrio, etc., en el cual se realiza la encuesta. El análisis de los datos de ésta a menudo no es más, como se sabe, que la postulación de una conexión de sentido entre la situación o respuesta individual y el momento por el que atraviesa la vida comunitaria.